8946

ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

PRÉSTAMOS SOBRE LA HONRA.

M070

Se vende en Madrid en la libreria de *Cuesta*, calle de Carretas.

23

COMISIONADOS DE ESTA ADMINISTRACION.

Adra.	F. A. Robles.
Aguilar de la Frontera	R. Paniagua.
Albacete.	R. S. Perez.
Alba de Tormes.	M. Sanchez.
Alberique.	J. Alfonso y Cuevas.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcira.	J. Alfonso y Cuevas.
Alcoy.	Paya é hijos.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	A. Lloret.
Almaden.	M. E. Godoy.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	L. Iribarne.
Almodovar del Campo.	J. Rniz y Fernandez.
Almuñecar.	F. P. Almoguera.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. Lara.
Aranda de Duero.	J. Perdiguero.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Arenys de Mar.	D. Prieto.
Avila.	N. P. Rocandio.
Avilés.	V. Sanchez del Rio.
Badajoz.	F. Coronado.
Baena.	F. Fernandez.
Baeza.	C. Treviño.
Bailen.	J. M. Sellés.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra.
Baza.	J. Calderon.
Bejar.	M. Illan.
Benavente.	P. Fidalgo Blanco.
Berja.	L. Iribarne.
Bermeo.	T. Astuy.
Bilbao.	F. Fernandez.
Borja.	M. Arbiol.
Búrgos.	T. Arnaiz.
Cabra.	J. B. Yañez.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	E. Mendiola.
Calatayud.	F Molina.
Canarias.	M. Savoie.
Carranza.	T. Astuy.
Caravaca.	P. Muñoz.
Carcagente.	J. Alfonso y Cuevas.
Carmona.	J. R. Dominguez.
Cartagena.	J. Pedreño.
Carrion de los Condes.	P. Montoya.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	T. Astuy.
Ceuta.	J. Molina é Ibañez.
Chiclana.	L. Cañizares.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Ciudad-Rodrigo	P. Tejeda.
Córdoba.	M. Muñoz y Blasco.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Cullera.	R. Martinez.
Daimiel.	R. G. Camarena.
Ecija.	J. Giuli.
Estella.	Silverio Josué.
Estepa.	R. Cornejo.
Elorrio.	T. Astuy.
Ferrol.	J. Lago
Figueras.	J. Bosch.
Filipinas (Manila).	A. Olona.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida;
Guadalajara.	F. Sanchez.
Guernica.	T. Astuy.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P. Quintana.
Hellin.	J. M. Paredes.
Huelva.	J. de Osoruo é hijo.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	P. Galindo.
Jaen.	R. Hidalgo.
Játiva.	J. Perez.
Jerez.	F. Alvarez.
Jodar.	I. Coma y Prados.
Leon.	M. Gonzalez Redondo.
Lérida.	J. Portarriu.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Loja.	V. Cerezo.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Llerena.	L. Martin Robles.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela.
Manresa.	P. Comellas.
Manzanares.	V. Moraleda.
Marchena.	J. N. Dominguez.
Martos.	R. Sibanto.
Mataró.	N. Clavell.
Medina del Campo.	J. Carrascoso.
Medina Sidonia.	J. de Nicolau
Mérida.	M. de Bartolomé Diaz.
Mondoñedo.	F. Delgado.
Monovar.	R. Berenguer.
Mula.	M. de Toro.
Montillá.	J. Rodriguez Perez.
Montoro.	J. G. de las Casas.
Motril.	A. Ballesteros.
Mundaca.	T. Astuy.
Murcia.	T. Guerra.
Nájera.	M. Fernandez.
Ocaña.	V. Calvillo.
Olivenza.	M. Campos.
Orduña.	T. Astuy.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	A. Aguiar.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	B. Longoria.
Palencia.	G. Camazon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelabe
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Peñáranda.	N. Hernandez Pizarro.
Pontevedra.	M. Verea y Vila.
Portugalete.	T. Astuy.
Priego (Córdoba).	M. P. Moreno.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto Real.	J. de la Cámara.
Puerto-Rico (Mayagüez).	J. Mestre.
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ripoll.	L. Garcia.
Rivadeo.	F. Fernandez de Torre
Ronda.	R. Gutierrez.
Sabadell.	B. Pedemonte.
Salamanca.	T. Oliva.
Sallent.	D. Malagarriga.
San Feliú de Guixols.	P. Caymó.
San Fernando.	A. Molinelo.
San Ildefonso.	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. M. Villar.
San Roque.	J. Acebedo.
San Sebastian.	I. R. Baroja.
S. Lorenzo.	S. Herrero.
Santander.	P. Basañez.
Santiago.	B. Escribano.
Santo Domingo de la Calzada.	J. Cirugeda.
Segovia.	J. Sancho Pulido.
Sevilla.	F. Alvarez.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarifa.	J. Moriano Piñero.

PRÉSTAMOS SOBRE LA HONRA.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/prestamossobrela3702mozo

PRÉSTAMOS SOBRE LA HONRA,

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

D. EMILIO MOZO DE ROSALES.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 6 de Febrero de 1862, á beneficio de D. Pedro Delgado.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

PERSONAS.	ACTORES.
ELISA	Doña Teodora Lamadrid.
LA BARONESA	Doña Balbina Valverde.
IRENE	Doña Concepcion Marin.
CARLOS	D. Pedro Delgado.
EL CONDE	D. Juan Casañer.
D. RIGOBERTO	D. Antonio Pizarroso.
EDUARDO	D. Eduardo Figuerola.
Dos lacayos.	

La escena pasa en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con sumo lujo: puerta al fondo y dos laterales. Al levantarse el telon la Baronesa aparece sentada en primer término. Irene entra por una puerta lateral.

ESCENA PRIMERA.

La BARONESA, IRENE.

BAR. ¿Son las dos? (Dejando de leer.)
IRENE. (Mirando un reloj de sobremesa.)
Las dos y media.
BAR. ¿Qué tiempo hace?
IRENE. Nublado.
BAR. Debiera haberlo supuesto;
tengo un mal estar tan raro...
IRENE. Serán los nervios.
BAR. (Dejando el periódico.) Estoy
aburrida.
IRENE. (Sentándoae.) Y yo.
BAR. Extraño
que no haya venido nadie.
IRENE. Nadie, ni siquiera Eduardo.
BAR. Su conversacion me cansa,
me crispa, me...
IRENE. Sin embargo,
tiene talento—aseguran
que es un verdadero pasmo

671679

en punto á Bolsa.

BAR. ¿Y qué es eso?
cuando no hay hombre de palo
que no conozca en el dia
el modo de ganar cuartos?
Prestará por cuenta ajena,
trabajará sin descanso
y convertirá en ganancias
la hacienda de los incautos.

IRENE. ¡Oh! no creo...

BAR. Pues yo sí:
un pantalon bien cortado
y unos guantes de primera,
dan pasaporte al descaro
para que tranquilo corra
entre los negocios malos.
Antes habia bandidos
que sembraban el espanto
en los caminos reales;
mas pronto se refugiaron
huyendo sin duda...

IRENE. (Con temor.) ¿Dónde,
mamá?

BAR. En nuestros saraos,
en nuestras casas pacíficas,
en el augusto santuario
de himeneo.

IRENE. ¡Ah! comprendo.

BAR. Se introducen sin reparo
en una familia honrada,
y con esquisito tacto
arrebatan á los cónyuges
honra y fortuna—¡ay! por algo
tiemblo al pensar que debemos
casarte.—Pasan los años,
tú tienes ya diez y ocho,
y en fin...

IRENE. (Bajando los ojos.) Es necesario.

BAR. Por supuesto, necesito (Se levantan.)
un nombre antiguo preclaro.

IRENE. Un título.

BAR. Una fortuna...

IRENE. Yo quisiera un millonario.
BAR. Si, como el Conde. (Con intencion.)
IRENE. Su afecto
por mí—sus finos cuidados...
BAR. Sus numerosas visitas...
IRENE. Yo creo...
BAR. Y no cabe engaño:
su intencion es conocida.
IRENE. Conocida.—No le amo,
pero supongo... que un dia,
con la costumbre y el trato...
BAR. Si, si:—hay bodas que deben
aceptarse sin reparo.
El Conde es un hombre espléndido,
y cuando te dé su brazo
te envidiarán en la córte
las mujeres de alto rango.
IRENE. Con tal que no se parezca
algun dia á mi cuñado...
BAR. En efecto—encuentro en él
un gran cambio.
IRENE. Pero un cambio
radical.—Siempre está triste,
sombrio, preocupado...
¿Qué podrá tener?
BAR. Y acaso
lo sabrá él mismo?—Tu hermana
Elisa no es un dechado
de virtudes?—¡Ay! ¡Irene!
El que me juraba tanto
hacerla feliz!
IRENE. ¡Feliz!
BAR. Mas no crea sin embargo
que no sabré defender
á mi hija.—Quiero que Cárlos
sepa de un modo eficaz
que desapruebo sus actos.

ESCENA II.

La BARONESA, IRENE, ELISA.

ELISA. Traigo á ustedes una nueva
inesperada.
IRENE. Sepamos—
¿qué es ello?
ELISA. Que vá á llegar
dentro de muy corto espacio
un pariente de mi esposo.
BAR. ¿Un pariente?
ELISA. Un hombre franco
y sencillo...
BAR. No recuerdo.
ELISA. ¿Es posible?
IRENE. ¡Ah! ya caigo:
el coronel Rigoberto
de Segarra.
BAR. (Con disgusto.) Es muy extraño.
ELISA. ¿Por qué, mamá?
BAR. Porque sabe
que no me gusta su trato.
La última vez que estuvo
tuvimos cien alterçados.
ELISA. ¡Quiere tanto á Cárlos!...
BAR. Mucho—
mas quien ha sido soldado
no podrá nunca olvidar
las maneras y resabios
del cuerpo de guardia.
ELISA. Creo
que exageras.
BAR. (Paseándose agitada.) Ya presagio
mil disgustos.
IRENE. ¡Como ejerce
tanto imperio sobre Cárlos!
ELISA. Mas Cárlos no se alucina.
BAR. Pronto formarán un pacto
contra nosotras.
ELISA. En fin,

no hay motivo para tanto
temor.—No podrá inventar
defectos que no tengamos.

BAR. ¿Dime si Cárlos encuentra
alguno en tí? y sin embargo...

ELISA. Es verdad.—Hoy tiene un aire
tan triste, tan...

IRENE. (Con energía.) No hagas caso.

BAR. No le contemples.

IRENE. Tú tienes
la culpa.

ELISA. ¡Como le amo
tanto!

BAR. (Enjugándose una lágrima.)
¡Pobre ángel!

IRENE. (Id.) ¡Ay!

BAR. (Ap. á Irene.)
La mata antes de dos años.

ESCENA III.

Las MISMAS, el CONDE.

CONDE. Señoras...

IRENE. (¡El Conde!)

CONDE. Tengo
el honor... Elisa.—¿Usté
(Dando la mano á la Baronesa.)
nerviosa?

BAR. Un poco.—No sé
si es el cambio de aires...

CONDE. Vengo
á detenerlas quizá?
¿Iba usté á salir, Elisa?

ELISA. No corre ninguna prisa...
espero á Cárlos.

CONDE. ¿Está
bueno?

ELISA. Si.

CONDE. En el Casino
nos vimos á última hora.

BAR. ¿Á última?...

CONDE. Si, señora.
BAR. Cárlos hace un desatino
en ir ahí.
CONDE. (Con intencion.) Su semblante
no me agradó.
BAR. (Con viveza.) Jugaria...
IRENE. Es probable.
BAR. Y perderia.
CONDE. ¡La suerte es tan inconstante!...
ELISA. Cárlos no juega... ó al menos
nunca...
CONDE. Yo no afirmo.
BAR. Estoy
convencida de ello.
IRENE. Hoy
hay tan pocos hombres buenos.
CONDE. (Surtió efecto la mentira.)
ELISA. No me causa pesadumbre.
Él no juega por costumbre.
BAR. ¡Pero sí su hacienda tira!
ELISA. ¡Mamá!
CONDE. (Hay lucha casera.)
BAR. (Ap. á Irene.)
Ya no extraño que derroche.
CONDE. ¿Veré á ustedes esta noche
en casa de Val-Rivera?
ELISA. ¿Recibe esta noche?
BAR. Ignoro
lo que pasa.
CONDE. Un baile dá,
que segun dicen, será
un verdadero tesoro
de blondas y pedreria.
BAR. ¡La Marquesa tiene un tino,
un gusto, un trato tan fino!...
ELISA. Su esposo no contraría
sus órdenes, y aunque acorte
con el lujo su fortuna,
no cabe duda ninguna
que es la mujer de la córte.
¡Qué dichosa es!—Yo lidio
por dar leyes al deseo,

mas cuando su lujo veo,
su lujo y fortuna envidio.

CONDE. ¿Y por qué tanta virtud?—
¿Existe acaso desdoro
en ostentar tal tesoro
de gracia y de juvèntud? (Con fuego.)
La moral mas iracunda,
siquiera salga de quicio,
nunca trocará en silicio
la que fué dulce coyunda.
Con su tacto, sus blasones
y su hechicera sonrisa,
debiera usté ser, Elisa,
reina de nuestros salones.

BAR. Claro es, de tu linaje
son las que causan tu pena.

IRENE. Mi pobre hermana es tan buena,
que teme gastar un traje
de precio.

BAR. No era yo asi,
ni en sus ideas abundo,
porque una mujer de mundo...

CONDE. Es del mundo.

BAR. Casi.

CONDE. Aqui
hay muy poca animacion.
Se nota.

ELISA. ¿Cómo?

BAR. Sin tasa
dicen ya que en esta casa...

CONDE. Falta representacion.
Mi amistad... el porvenir...
los proyectos que... Usted tiene
ya que presentar á Irene.

ELISA. Es cierto.

BAR. Es forzoso ir
á casa de la marquesa. (Se levantan.)

ELISA. Pero hoy...

BAR. (Ap. á Elisa.) Tu duda me irrita.

IRENE. Le debes una visita.

ELISA. Otro dia...

BAR. Te profesa

amistad, y ese desvio...
(Á Irene, que se marcha corriendo.)
Trae los sombreros aqui.

ELISA. Es que á Cárlos prometí
ir á esperar á su tio...

BAR. Pero puesto que conviene...
Nos invitarán... (Ap. á Elisa.)

ELISA. Ya no
me opongo.

CONDE. (Al cabo cedió.)

ELISA. (Si voy, solo es por Irene.)

ESCENA IV.

DICHOS, CÁRLOS, despues IRENE.

CARLOS. Tú por aqui, mi querido
Conde?

CONDE. Y tú siempre escribiendo.

CARLOS. Arreglaba algunas cuentas.

CONDE. Eres un hombre perfecto.
No hago nada.

CARLOS. ¿Conque nada?—
Pues cuando entres en el gremio,
no te faltarán asuntos
que arreglar.

CONDE. ¡Oh! te confieso
que aborrezco los negocios
que proporcionan dinero.

CARLOS. ¿Salimos, Elisa?

ELISA. No;
he cambiado de proyecto.

BAR. Queremos hacer visitas.

ELISA. Debo una hace mucho tiempo,
á mi amiga la marquesa
de Val-Rivera, y deseo
pagarla.

BAR. Es indispensable.

CARLOS. A pesar de todo, encuentro
que es mas urgente ocuparnos
de mi tio Rigoberto.
Extrañará...

BAR. ¡Qué exigencia!
CARLOS. ¡Cómo!
ELISA. Volveré al momento.—
Te ruego que me disculpes
con el tio.
IRENE. Los sombreros.
CARLOS. (Á media voz á Elisa.)
Haces una inconveniencia.
ELISA. (Id.) ¿Te incomodas ya?
BAR. (Interponiéndose entre los dos.) ¿Qué es eso?
ELISA. Nada. (Alejándose con disgusto.)
CARLOS. Nada.
ELISA. Vámonos.
CONDE. Señoras...
BAR. Conde....
ELISA. Hasta luego.

ESCENA V.

EL CONDE, CÁRLOS.

CONDE. Noto que te contraría
la visita á la marquesa.
CARLOS. Contaba con la promesa
de Elisa, y no suponia
que por motivo tan leve
se desoyera mi instancia.
CONDE. Es de tan gran importancia
su visita, que no debe
sufrir por ella un reproche.
CARLOS. ¿Qué es ello?
CONDE. Ya lo sabrás.
CARLOS. Pero di...
CONDE. Un baile mas.
CARLOS. Un baile, ¿y cuándo?
CONDE. Esta noche.
CARLOS. Si Elisa encuentra un placer
en asistir, no me opongo.
CONDE. Mi buen Cárlos, lo supongo:
adoras á tu mujer;
tu amor por todo atropella.
CARLOS. Hallo una dicha cumplida

en consagrarla mi vida,
pues mi vida entera es ella.

CONDE. Ese amor hondo y ferviente
se trasluce.

CARLOS. Cuando se ama...

CONDE. En la córte tienes fama
de esposo condescendiente.

CARLOS. Tengo fama. (Con disgusto.)

CONDE. Es natural;
y tal virtud en el dia
es muy rara.

CARLOS. (¡Qué ironia!)

CONDE. Yo, si me caso, seré
mas severo é iracundo,
porque es peligroso el mundo.

CARLOS. Es preciso tener fé.

CONDE. Es la fé ciega, en amor,
un abismo sin salida,
donde á la par de la vida
suele perderse el honor.

CARLOS. Tu extraño modo de ver
el matrimonio me enfada.

CONDE. Yo no quiero decir nada,
mas lo seguro... es no creer.

ESCENA VI.

DICHOS, EDUARDO.

EDUAR. Señores...

CARLOS. ¡Eduardo!

CONDE. ¡Hola!
Usted por acá, futuro
Rostchild.

EDUAR. El presagio acepto;
mas son pocos los asuntos
que puedo hacer por mi cuenta,
y en los ajenos, el lucro
no es para mí.

CONDE. Sin embargo,
Eduardo, usted es muy ducho,
y con el tiempo...

EDUAR. Tal vez.
CONDE. Se hará rico. (Á Cárlos.)
EDUAR. Eso procuro,
señor Conde.
CONDE. Para eso
se quedarán pobres muchos.
(Aparte y con intencion á Cárlos.)
¿Te coloca fondos? (Id.)
CARLOS. (Id. turbado.) No;
me arregla las cuentas.
CONDE. (Dudo
que salgan bien.)
(Se sienta delante de un velador y hojea un album.)
EDUAR. (¿Qué dirán?)
He venido...
(Cárlos habla en primer término, retirado del Conde.)
CARLOS. Ya presumo
para qué; voy á salir,
pues llega á las tres en punto
un pariente. Pase usted
á mi despacho. Me ocupo
en liquidar nuestros créditos.
¡Discrecion!
EDUAR. ¡Oh! seré mudo.
CARLOS. ¿Me esperas aqui? (Al Conde.)
CONDE. Te espero.
(El momento es oportuno.)
(Levantándose. Indicacion de Eduardo de entrar en el despacho.)

ESCENA VII.

EL CONDE, EDUARDO.

CONDE. Y bien, Eduardo, ¿qué tal?
¿Se encuentran buenas fianzas?
EDUAR. Qué quiere usted, las personas
que me honran con su confianza,
me encargan mucho, muchísimo,
que no me fie en palabras.
CONDE. ¡Qué afan de riqueza! yo
no soy asi, á Dios gracias;

no sé qué hacer de los fondos
que rebosan en mi caja.

EDUAR. Si usted quiere colocarlos...

CONDE. El préstamo es una mala
inversion.

EDUAR. Es la mejor,
señor Conde.

CONDE. Si; mas se habla...
¡se critica tanto!...

EDUAR. Es cierto;
pero una persona extraña
podria, bajo su nombre,
hacer los negocios. Nada
es hoy dia tan comun.

CONDE. La proposicion me halaga.
Si usted hallase ocasiones...

EDUAR. Las ocasiones no faltan.

CONDE. Pero á un interés muy módico...
casi, casi, sin ganancia.

EDUAR. Sé que tomaria fondos
un hacendado en Navarra.

CONDE. (Debe ser Cárlos.) Pues bien;
disponga usted de mi caja
cuando lo juzgue oportuno.
Socorreré la desgracia,
ya que mi mucha indolencia
no me permite hacer nada.
Mas por Dios, amigo mio,
no diga usté una palabra:
no quiero que me critiquen.

EDUAR. Bien.

CONDE. Ni que me den las gracias.
—¿Y qué tal vamos de amores?

EDUAR. Yo... no... (Turbado.)

CONDE. Tenga usted confianza;
yo sé que usted ama á Irene.

EDUAR. Tal suposicion me extraña.

CONDE. ¿Por qué?

EDUAR. Aseguran que usté
pronto con ella se casa.

CONDE. ¡Já, já!

EDUAR. ¿Conque es falso?

CONDE. Falso.
Nunca he dicho una palabra.
EDUAR. Pues la Baronesa...
CONDE. (Á media voz.) Es loca.
EDUAR. Irene tambien...
CONDE. Se engaña.
¡Á los treinta y seis casarme!
No, amigo mio, me falta
valor para ello.
EDUAR. (¡Oh, dicha!)
CONDE. Se toma una mujer casta
y hechicera: el uso exige
que se la cubra de galas,
y que el marido se imponga
la obligacion de llevarla,
como un objeto curioso
y raro, de casa en casa.
Al principio la mujer
piensa solo en la elegancia
de su traje, en el prendido,
en la polka que se baila;
mas oye tantos cumplidos,
tanto el esposo se aparta
por no parecer celoso,
tanto algunos se adelantan,
que se crea, al fin, un foco
de discordia. El tiempo pasa,
hay sospechas, presunciones,
el esposo vive en ascuas;
por último, el cataclismo
se efectúa, y se separan
los cónyuges; el marido
sus hondos pesares guarda
por discrecion; pero ella
se lanza al gran mundo, y alta
la frente, busca sin tregua
algun medio de venganza.
EDUAR. ¿Y se venga?
CONDE. ¿Quién lo duda?
EDUAR. (Con tristeza.)
Por desgracia.
CONDE. (Imitándole.) Por desgracia.

No obstante, como no todas
son peligrosas y vanas,
no debe usted imitarme.

EDUAR. Yo, no, señor.

CONDE. Si usted ama
á Irene y la Baronesa
accede...

EDUAR. Dudo...

CONDE. (Reclama
mi apoyo.)—Yo influiré...
favor por favor.

EDUAR. Mil gracias.

CONDE. Irene tendrá una dote
considerable.

EDUAR. Se gasta
tanto aqui... que no confio...

CONDE. Si, he notado que falta
órden.—Cárlos se descuida.

EDUAR. No es él, no, señor...

CONDE. ¿Le arrastran?

EDUAR. Le arrastran,—¿y de qué modo?—
En fin, tengo la confianza
de don Cárlos, y no debo...

CONDE. Los secretos de una casa
son inviolables. (Ya sé
que Cárlos no tiene nada.) (Con satisfaccion.)

EDUAR. (Y hay quien dice que este conde
es todo un hombre sin alma.
¡Lo que es el mundo!) Hasta luego.

CONDE. No olvide usté que en mi caja
tengo fondos detenidos.

EDUAR. No lo olvidaré. (Me encanta.)
(Entra en el despacho de Cárlos.)

ESCENA VIII.

EL CONDE.

Esta casa se desploma
y yo contribuyo á ello
sin querer,—mi labio sello,—
doy fondos,—Cárlos los toma,—

Elisa altiva atropella
por todo,—idolatra el lujo...
la mamá apoya,—yo empujo.—
No peco,—quien peca es ella.
Solo falta una imprudencia
de bulto, para que den
la campanada.—Al desden
sucederá la insolencia
y el divorcio.—Es natural.—
Elisa llorará un poco,
dirá que su esposo es loco,
infame, vil, criminal...
Yo iré un dia y otro dia,
y la esposa abandonada,
por ser prenda mal guardada,
prenda llegará á ser mia.
Y el público, con razon,
dirá, siempre inexorable,
que el marido fué culpable
por falta de prevision.

ESCENA IX.

El CONDE, D. RIGOBERTO, CÁRLOS.

RIG. Llegamos al campamento.
CARLOS. (Presentándole.)
El señor Conde...
RIG. Ya sé.
CONDE. ¿Sigue usted bueno?
RIG. ¿Y usté?
CONDE. Bien, gracias.
RIG. Tome usté asiento.
CONDE. (Sentándose.)
(Siempre francote.)
RIG. (Á Cárlos.) ¿Y tu esposa?
CARLOS. Salió con su madre.
RIG. ¿Ya?
¿Cómo sigue la mamá?
CARLOS. Siempre lo mismo.
RIG. (Orgullosa
y arisca.)

CONDE. ¿Usté sigue aun
en el ejército?
RIG. No.
CARLOS. Mi tio se retiró.
RIG. Corria cierto runrun
de que iban á hacerlo, y dije:
ya es tiempo de descansar;
y me encerré en mi lugar,
y el sosiego no me aflige.
Porque en aquella Navarra,
donde tanto he peleado,
vive feliz y apreciado
Rigoberto de Segarra.
Tiene para mí un iman
cada lugarcejo allí!...
me hicieron teniente aquí,
y mas allá capitan.
Y aunque yo viva sin gloria,
del brio que me sustenta
cada peñasco dá cuenta,
y ese peñasco es mi historia.
Yo nunca he sido sutil,
pero sí franco y bizarro,
¡voto al diablo! En fin, navarro,
y mas recto que un fusil.
CONDE. ¿Y viene usted á la córte
por mucho tiempo?
CARLOS. Yo espero
que si.
RIG. Vengo á ver primero
á este y á su consorte,
porque los quiero de veras,
pero traigo otro registro
que tocar. Ver al ministro
y hablarle de carreteras.
CONDE. ¡Hola!
RIG. Necesito una
que dé á mi provincia vida.
CONDE. Pues dudo...
RIG. Está concedida,
mas no se dan prisa alguna.
Y tanto se pensará

y darán tantos consejos,
que moriremos los viejos,
y el camino no se hará.

CONDE. Tal vez pueda yo influir
en que usté al ministro vea.

CARLOS. Es cierto, tú...

RIG. Buena idea.
Si usté quiere...

CONDE. Voy á ir
al ministerio á un asunto
mio, y de paso...

RIG. Corriente;
si tiene por conveniente
oirme, punto por punto
le haré notar el retraso.
Conque, ¿y qué tal? ¿te vá bien (Á Cárlos.)
en tu nuevo estado?

CARLOS. Si.

RIG. Pues francamente, creí
que alguna nube...

CONDE. Tambien
yo, no por Elisa. Ella
es de virtudes dechado;
pero siempre está á su lado
una mamá que atropella
por todo.

CARLOS. (Ap. al Conde.) Conde, te ruego...

RIG. Mire usted, lo presumia.

CONDE. Cárlos no tiene energia,
y destruyen su sosiego
y su porvenir.

RIG. ¡Qué escucho!

CARLOS. (Ap. al Conde.)
Calla.

CONDE. Á mí no me interesa,
mas sé que la Baronesa
te pierde.

RIG. ¡Cómo!

CONDE. Usté es ducho
y lo verá.

CARLOS. No, señor,
se engaña el Conde.

RIG. ¡Se engaña?
CONDE. ¡Ay!
CARLOS. (Ap. al Conde.)
No siembres la cizaña.
CONDE. ¿Yo? (Lo está ya.)
CARLOS. (Ap. al Conde.) Por favor.
CONDE. Está bien, nada diré,
porque este es asunto serio.
RIG. ¿Se vá usted?
CONDE. Al ministerio,
pero pronto volveré.

ESCENA X.

D. RIGOBERTO, CÁRLOS.

RIG. Conozco por Belcebú,
que quieres que el Conde mienta:
luego al hablar, nada inventa,
y el que me engaña eres tú.
No gastes formas conmigo,
sube sin miedo el repecho,
y desahoga tu pecho
en el pecho de un amigo.
No sé por qué desconfias
y á enmudecer te condenas,
cuando sabes que tus penas
han sido siempre las mias.
CARLOS. En vano es el fingimiento,
porque aunque me cause enojos,
está oscilando en mis ojos
el mar de mi sentimiento—
y si grave la razon
quiere callar por decoro,
se escapa por cada poro
la hiel de mi corazon.
Tres años hace que lidio
entre un amor sin segundo,
y la exigencia de un mundo,
que mas que mundo es presidio.
Nunca he tenido valor
ni fuerza para vencer,

y he tenido que ceder
ante el mundo y el amor.
Si del mundo me alejaba
perder á Elisa temia,
y el gran mundo vivia
y en el gran mundo me arruinaba.
Mas nunca á entender le dí
por vergüenza mi amargura—
para ella fué la ventura—
todo el pesar para mí.

RIG. Si tu mano la condujo
no es suya la culpa toda.

CARLOS. No, la culpa es de la moda,
de las costumbres, del lujo,
de una madre y de una hermana
idólatras del boato.

RIG. ¡Como Madrid es barato
no importa que gaste ufana!
Pero tú has debido...

CARLOS. El vicio
del despilfarro existia
ya en la casa, y no podia
imponer un sacrificio.

RIG. ¡Infortunado consorcio!—
En fin si hubieras mandado
con brio...

CARLOS. Hubiera alcanzado
un mal mayor—el divorcio.

RIG. ¡El divorcio!

CARLOS. Es muy probable.

RIG. Para vivir de este modo
yo hubiera roto con todo.—
Tu calma es imperdonable.

CARLOS. Tio, ya he dicho mi error,
y su indulgencia reclama—
amo á Elisa—ella me ama,
y sacrifico á su amor
cuanto me es grato en la tierra.

RIG. ¿Y si te arruinan, qué harás?...

CARLOS. (Si él supiera.)—Vale mas
no hablar de esto.

RIG. ¡Ya!

CARLOS. Me aterra
la idea del porvenir.
RIG. Pues yo de coraje estallo.
CARLOS. Mas... callará usté.
RIG. No callo—
los sordos nos han de oir.
Es decir; daré razones (Bajando la voz.)
asi con voz moderada:
pero en columna cerrada
(Volviendo á alzar la voz.)
atacaré las facciones
que siembran el desconcierto—
y como vea un desman,
lo dicho, se acordarán
del coronel Rigoberto.
CARLOS. Las conveniencias sociales
exigen...
RIG. Bandera negra
con la cuñada y la suegra.
CARLOS. Eso traerá otros males.
RIG. Libre exámen.
CARLOS. ¡Pues ya es obra!
RIG. No admito nada en contrario.
Déjame á mí—es necesario
que mande la maniobra.

ESCENA XI.

DICHOS, la BARONESA, ELISA, IRENE.

ELISA. Querido tio...
RIG. Sobrina...
ELISA. Por fin volvemos á verle
despues de ausencia tan larga.
BAR. Coronel. (Con frialdad.)
RIG. (Idem.) Señora... Irene...
ELISA. Te diré que la marquesa, (Á Cárlos.)
cuyas bondades conmueven,
nos ha recibido hoy
de un modo!—Qué tacto tiene
esa mujer, qué finura!—
En vano es decir que quiere

que vayamos á su baile,
que será un baile solemne.

BAR. Yo he respondido que irias. (Á Cárlos.)

IRENE. El no asistir fuera aleve.

ELISA. Vá lo mejor de Madrid.

BAR. Como siempre.

ELISA. Como siempre.
En todas partes se habla
de este baile.—Se revuelven
flores, se inventan adornos;
las modistas se enriquecen,
y no hay corazon que sufra
ni rostro que no esté alegre.
¡Qué feliz es la mujer
que al gusto puede dar leyes
cuando en su vasto talento
tan bien el gusto comprende!

BAR. En fin la noche será
deliciosa.

IRENE. Sosprendente.

ELISA. ¿Usted vendrá, tio?

RIG. (De mal humor.) No.

BAR. No es extraño que no aprecie (Con ironia.)
don Rigoberto, estas cosas...

RIG. Yo, señora, soy un jefe
y he visto mucho en mi vida,
mas francamente, me duele
que un baile alborote tanto
cuando tan poco merece.

CARLOS. Y sobre todo que efectos
no produce.—¡Cuántos bienes
no cercenarán las joyas
que á ese sarao se lleven!
Que gasten enhorabuena
aquellos que en su indolente
vida creen que es meritorio
el derrochar lo que tienen,
pero que dejen tranquilos
á los demas.

RIG. ¡Que nos dejen,
voto al infierno!

BAR. Á esos bailes

no asisten pobres.

ELISA. Albergue
tan suntuoso no recibe
en su seno mas que gentes
de alto rango.

IRENE. Y eminencias.

RIG. Yo aseguro que hay quien vende
la capa para ir de fiesta.

BAR. Cada uno hace lo que quiere.

ELISA. El que no pueda asistir
que no vaya.

IRENE. Que se quede
en su casa.

BAR. Que se esconda
por prudencia—que se encierre.

RIG. Y el amor propio, señora,
y el orgullo que nos pierde!

BAR. ¿Es una alusion?

RIG. Y bien,
Baronesa, aunque lo fuese...

ELISA. Mamá... tio...

RIG. Ya empezamos. (Á Cárlos.)

BAR. (¡Qué grosero!)

IRENE. (¡Qué imprudente!)

ELISA. Á otra cosa: hemos pensado
mi mamá y yo... é Irene
lo aprueba, que es imperioso,
atendido lo imponente
del baile...

RIG. (¿Qué será ello?)

CARLOS. (¡Yo tiemblo!) Acaba...

ELISA. Conviene
que compre algunos brillantes.

BAR. Ya no sirven los que tienes.

IRENE. Son conocidos.

BAR. No valen
nada.

CARLOS. ¿Nada? Me sorprende...

ELISA. Creo que con diez mil duros...
(Bajando los ojos.)

RIG. ¿El qué?

ELISA. Tendré suficiente.

RIG. Pero eso es una fortuna,
y mi sobrino no debe
consentir...

CARLOS. Y no consiento.

ELISA. ¡Cómo! ¿Cárlos?

CARLOS. Me entristece
negarte, al fin, una cosa,
mas es fuerza que me niegue;
la prudencia lo aconseja,
mi fortuna lo requiere.

RIG. ¡Bravo! (Ap. á Cárlos.)

ELISA. No esperaba... siento...

CARLOS. Yo tambien...

ELISA. (Con viveza.) Pero comprendes
que obras mal, que tu conducta
avara é intransigente
debe indignarme.

BAR. (Ap. á Elisa.) Bien dicho.

CARLOS. ¡Ese lenguaje!...

RIG. (Ap. á Cárlos.) No cejes.

CARLOS. Basta, Elisa, de desórden.

BAR. Nadie hay aqui que lo siembre
mas que tú.

RIG. (Gritando.) Esas palabras
son subversivas.

CARLOS. El germen
de la discordia es usted. (Á la Baronesa.)

IRENE. No; tú solo.

ELISA. Como siempre.

CARLOS. Tú debieras dar ejemplo
de órden. (Á Elisa.)

BAR. Para que juegue
usté en el Casino.

CARLOS. Eso es falso.

IRENE. No, no; se sabe que pierdes.

CARLOS. No tengo que rendir cuentas.

RIG. Si te descuidas, te envuelven.

ELISA. Soy una mártir.
(Se deja caer sollozando sobre una butaca. Irene la sostiene.)

CARLOS. Y yo
otro.

IRENE. Mamá, que se muere
Elisa.
(Elisa se desmaya. Todos la rodean: Cárlos, arrodillado á sus pies, trata de hacerla volver en sí.)
CARLOS. ¡Dios mio!—¡Sales!
RIG. No hagas caso. (Ap. á Cárlos.)
BAR. Si parece
imposible, inverosímil,
lo que en mi casa sucede.
La mata.
RIG. Usté es quien la mata,
quien los desune y los pierde.
CARLOS. ¡Elisa!
IRENE. Que venga un médico.
CARLOS. Es inútil, en sí vuelve.
ELISA. ¡Ah!
CARLOS. ¡Elisa!
ELISA. ¡Cómo sufro!
¿Estás aqui?—Que nos dejen. (Á Cárlos.)
Mamá... (Indicándola que se retire.)
CARLOS. (Id.) Tio, ruego á usted...
BAR. No te desanimes. (Ap. á Elisa.)
IRENE. Vence. (Id.)
RIG. Si tienes sangre en las venas, (Ap. á Cárlos.)
no dejes que te atropellen.

ESCENA XII.

CARLOS, ELISA. Momento de silencio.

ELISA. Cárlos, me odias—lo sé—
lo comprendo en tu mirada;
ya me encuentro abandonada
por tú amor y por mi fé.
CARLOS. ¡Elisa!...
ELISA. Sin compasion
lo indicas á cada instante,
cual si no fuera bastante
la voz de mi corazon.
CARLOS. ¿Se dá en mí pecho un latido
cuando amante no lo cuentas?—
¡Como averiguar intentas

si puedo darte al olvido!

ELISA. ¿Entonces por qué te enojas?—
Dímelo—Cárlos del alma—
¿por qué turbas nuestra calma—
por qué de mi te sonrojas?

CARLOS. Nunca una queja importuna
pudo causarte afliccion,
tuyo era mi corazon,
tuya tambien mi fortuna.
Pero tanto hemos gastado
con imprevision culpable,
que hoy dia es indispensable
proceder con mas cuidado.

ELISA. ¡Con mas cuidado!

CARLOS. Es preciso,
Elisa, economizar
un poco, para evitar
con el tiempo un compromiso.

ELISA. ¡Cómo!—me causas espanto.—
¿Estamos pobres?

CARLOS. No á fé.

ELISA. Dímelo—lo ocultaré—
revélame tu quebranto.—
¡Qué!—¿confianza no te inspiro?—
Nadie nos oye ni asoma...

CARLOS. Te engañaba.—Era una broma.
(Esforzándose para sonreir.)

ELISA. ¡Era una broma! respiro;
culpable es tu crueldad,
¡me has infundido un temor!

CARLOS. (Nunca encontraré valor
para decir la verdad.)

ELISA. Entonces ya sé el motivo
que tu disgusto ha causado.

CARLOS. ¿Y cuál?...

ELISA. Estás enojado
porque de mi amor te privo
en los saraos brillantes
donde concurrimos.

CARLOS. Si,
porque me alejan de tí...

ELISA. Temes que con los diamantes

se ostentará mas hermoso
mi rostro.

CARLOS. Si.

ELISA. Que obtendré
mas elogios. ¿Acerté?

CARLOS. Si. (Que lo crea.)

ELISA. ¡Celoso!
¿y no te dice afanosa
el alma, al pensar en mí,
que tan solo para tí
quisiera yo ser hermosa?
¿Por qué tan leve desvio
puede tornarte iracundo,
cuando yo en cada segundo
mi pensamiento te envio?
¿Cómo dudaste jamás?
¿Por qué hacerme tal agravio?
Que diga pronto tu labio
que no me ofenderás mas.

CARLOS. Si, si; cese tu quebranto
y perdona á un pobre loco
que sabe querer tan poco
á quien sabe querer tanto.

ELISA. Desde hoy, tendremos juicio,
palabra formal te doy.

CARLOS. Gracias, Elisa.

ELISA. Mas hoy
haz por mí un sacrificio,
Cárlos. Las alhajas quiero.

CARLOS. Pero, Elisa de mi vida...

ELISA. Lo último que te pida
será.

CARLOS. ¿Lo último?

ELISA. Asi espero
que no me lo negarás.

CARLOS. (¡Cielos!)

ELISA. ¿Siguen tus enojos?
¿te lo he de pedir de hinojos?
(Indicacion de ponerse de hinojos.)

CARLOS. ¡Oh! ¡tú de hinojos! jamás.

ELISA. ¿Consientes?

CARLOS. Á tu capricho

cede mi alma sumisa,
mas recuerda bien, Elisa...

ELISA. Será el último, lo he dicho.

CARLOS. (Que Dios lo quiera.)

ELISA. Y si doy
oido á mi ceguedad,
recuérdame por piedad
lo amable que has sido hoy.

CARLOS. Ya mi mal humor condeno.

ELISA. No, nueva dicha señala,
pues nunca podré ser mala
con quien se muestra tan bueno.
Conque las alhajas...

CARLOS. Si.

ELISA. Urge que pronto... Mamá
del precio te informará.
Voy... (Triunfé.)

CARLOS. (Sucumbi.)

ESCENA XIII.

CÁRLOS, con abatimiento.

Asi á pasos de gigante
vino mi ruina, asi vino.
¿Mas quién acierta á negar
lo que amor pide sumiso,
sin tener un pecho estéril
y un corazon de granito!
¿Por qué el interés y el alma
duermen bajo un techo mismo,
siendo la una tan grande,
siendo el otro tan mezquino?
En fin, paciencia y hagamos
el último sacrificio.
(Abriendo la puerta del despacho, y llamando á Eduardo.)
Eduardo... Trabaja.—Él solo
sabe el pesar en que vivo.

ESCENA XIV.

CÁRLOS, EDUARDO.

EDUAR. ¿Me llamaba usted, don Cárlos?
CARLOS. Si.
EDUAR. ¿Quiere usted que le informe
de los réditos que vencen
á fin de mes?
CARLOS. Esta noche
examinaré despacio
sus trabajos. Ahora corre
mas prisa otro asunto. Quiero
que al punto me proporcione
diez mil duros.
EDUAR. Está bien.
(Sus haciendas me responden.)
CARLOS. Voy á extender el recibo...
EDUAR. Deje usted en blanco el nombre
del que entrega, porque aun
ignoro...
CARLOS. Estamos conformes.
(Entra en el despacho.)

ESCENA XV.

EDUARDO, despues el CONDE y D. RIGOBERTO.

EDUAR. El Conde me dá la mano
y saco á este de un potro,
sirvo bien á uno y otro,
y con uno y otro gano.
Nadie habrá que me condene,
pues obro bien en conjunto.
Trabajo y voy á mi asunto...
que es casarme con Irene.
CONDE. (Entrando por el fondo.)
¿Y Cárlos?
EDUAR. Volverá presto.
RIG. (Sale por una puerta lateral, sin ser visto por los actores que estan en escena.)

(Se calmó la insurreccion.)

EDUAR. Ya encontré colocacion
para sus fondos.

(D. Rigoberto, que se dirigia al Conde con objeto de hablarle, oye las últimas palabras de Eduardo, y permanece inmóvil detras de este y del Conde hasta que lo indica el diálogo.)

RIG. ¿Qué es esto?

CONDE. La colocacion admito
siempre que...

EDUAR. Estarán seguros.

CONDE. (Harto lo sé.)

EDUAR. Diez mil duros
con urgencia necesito.

RIG. (¡Diez mil duros!)

CONDE. Los daré.

RIG. (Elisa pidió esa suma;
ya la sospecha me abruma
de que estos... observaré.)

CONDE. ¿Pero y los fondos ociosos?

EDUAR. Pronto me los pedirán.

CONDE. ¿Pronto?

RIG. (¿Á quién esplotarán?
Estos tambien son facciosos.)

CONDE. Silencio.

(Á Eduardo, viendo á D. Rigoberto, al cual se acerca. Eduardo entra en el despacho.)

¡Hola! Usté estaba...

RIG. Si, señor; estaba aqui.

CONDE. En fin, al ministro vi,
y no es dudoso que obtenga...

RIG. La impaciencia me devora.

CONDE. Hoy le señalará hora.
(Será la que me convenga.)
No pude andar mas de prisa.

RIG. Bastante. Ya me apercibo.

(Cárlos y Eduardo salen del despacho. El primero entrega á Eduardo un recibo. El Conde los observa con interés.)

CARLOS. Pronto... (Al darle el recibo.)

EDUAR. Bien.

CONDE. (Le dió un recibo:

otro capricho de Elisa.)

ESCENA XVI.

TODOS.

ELISA. Aqui teneis al rebelde,
que, al fin, de su error abjura.
(Á Cárlos.)
IRENE. ¡Merecias un castigo!
CARLOS. No... La culpa ha sido tuya.
(La Baronesa habla con Cárlos. Elisa con Irene. El Conde con Eduardo. D. Rigoberto permanece aparte contemplando esta escena.)
RIG. (Solo falta que le azoten.)
CONDE. Hable usté á Irene. (Ap. á Eduardo.)
BAR. Disculpas.
(Hablando acaloradamente con Cárlos.)
EDUAR. Pido á usted el primer vals. (Á Irene.)
IRENE. ¿Ya?
CONDE. Envidio su fortuna,
mas respeto su derecho. (Á Irene.)
IRENE. (¡Torpe!) (Con despecho.)
CONDE. ¿Obtendré la ventura
de ser su pareja? (Á Elisa.)
RIG. (¡Bravo!
lo mismo aqui se disputan
los bailes que las haciendas.)
BAR. Te digo que no me arguyas:
lo has de hacer asi. (Á Cárlos.)
RIG. (¡Qué suegra!
¡Ay! le daria cicuta.)
ELISA. Tuya ha de ser la eleccion
de trajes. (Sentándose al lado de Cárlos.)
CARLOS. No.
ELISA. ¿Cuál te gusta
mas?
(Siguen hablando. Eduardo, el Conde é Irene hablan en el fondo. La Baronesa se acerca á D. Rigoberto y le dice con aire de triunfo.)
BAR. Vencimos.
RIG. Ya lo veo.

BAR. Don Rigoberto, aleluya.
RIG. ¡Basta! He de poner en órden
lo que usté desbarajusta,
aunque Madrid se alborote,
aunque el universo cruja.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegantemente amueblado. Puerta al fondo: á la izquierda del espectador y en primer término una ventana, y en segundo una puerta que dá salida á un jardin: á la derecha dos puertas laterales.

Sobre un velador cubierto con un tapete de terciopelo verde arden dos candelabros de plata.

Al levantarse el telon, Irene sentada delante del velador examina una caja de flores, la Baronesa se pasea agitada.

ESCENA PRIMERA.

La BARONESA, IRENE.

IRENE. ¿Dime si sentarán bien
estos ramos de violetas
en la falda del vestido?
De noche se ven apenas.
Prefiero las rosas. Dan
cierto aire de primavera.
¿Qué es lo que opinas, mamá?

BAR. Qué sé yo, tengo jaqueca.

IRENE. Será el tiempo.

BAR. No es el tiempo,
sino una causa mas séria.

IRENE. ¿Mas séria?...

BAR. Don Rigoberto
me sobreexcita el sistema

nervioso. ¿No le has oido
y no le has visto en la mesa?
¡Qué desaires! ¡qué miradas!
¡Qué pullas! ¡Cuánta indirecta!
Decirme que yo soy causa
de la conyugal contienda,
y que surgirá la ruina
donde yo deje mi huella!
¡Qué! ¿por ventura no sois
hijas de una Baronesa,
cuyos respetables timbres
tres siglos de gloria cuentan?
¿Cómo imaginas entonces
que olvidando vuestra esfera
adopteis la economia
de la humilde clase media?
¿Qué se diria si os viesen
dejar la elegante seda
por los sucios algodones
de las fábricas inglesas?
Si nosotras no gastamos
los productos de Valencia,
¿quién protegerá la industria,
quién le dará vida y fuerza?

IRENE. Tienes razon.

BAR. ¡Ya lo creo!
si el gobierno no fomenta
nada, si todos los dias
lo está diciendo la prensa
en términos!...

IRENE. ¿Di, mamá,
qué me pondré en la cabeza?
Si el Conde estuviese aqui
nos diria...

BAR. Lo que quieras,
entretente con tus flores,
y no turbes mis ideas.

IRENE. Pues déjalos que critiquen:
con tal que yo me divierta,
poco me importa que Cárlos
tenga ó no la faz severa.

BAR. Es que habitas todavia

el reino de la inocencia,
y no prevés como yo
cosas muy graves. Quisiera
callar, mas es imposible,
ya que Elisa no despierta,
que yo la deje dormir
por mas tiempo.

IRENE. Mas si velas
por ella, no es necesario
que la cuentes tus sospechas.

AAR. De ningun modo. Hay asuntos
que son de su pertenencia,
y como el mundo es tan falso,
deseo que viva alerta.

ESCENA II.

DICHAS, ELISA.

IRENE. Has ocupado dos horas
á tu modista.

ELISA. Dispensa...
pero es tan torpe la pobre,
que me ha costado una pena
hacerla entender!...

IRENE. Bien, bien.
Corro, me apodero de ella,
y no la dejo hasta tanto
que de sus labios no sepa
qué es lo que debo elegir,
si rosas ó si violetas.
(Se lleva la caja de flores.)

ESCENA III.

ELISA, la BARONESA.

BAR. Conque al fin, Cárlos no fué
por tus alhajas?

ELISA. No.

BAR. ¿No?
¡Bien hecho!

ELISA. Á Eduardo envió.
BAR. Muy singular es la fé
que ese muchacho le inspira.
ELISA. Como es activo y formal...
BAR. Pues yo creo que hace mal.
ELISA. ¿Por qué?
BAR. Si no le retira
su confianza como aguardo,
porque esto requiere enmienda,
muy pronto verás tu hacienda
pasar á manos de Eduardo.
¿Qué hace tu esposo? ¿Por qué
para arreglar sus negocios,
busca interesados socios,
cuya intencion se prevé?
ELISA. Singular es tu temor.
BAR. Su conducta es mas extraña.
ELISA. Cárlos trabaja.
BAR. Te engaña.
ELISA. Lo sé...
BAR. Yo lo sé mejor.
Y por eso, le acrimino.
Que mi duda no te asombre.
En fin, qué esperas de un hombre
que no sale del Casino?
ELISA. El Conde dijo en mal hora
lo que tal vez no sabia.
BAR. ¡Cuán bien se nota, hija mia,
que tu corazon le adora!
En fin, bien está. No salgo
ni entro. Su mujer eres,
sé infeliz si asi lo quieres.
ELISA. Pero mamá...
BAR. Nada valgo,
nada sé.
ELISA. ¿Pero qué sabes?
BAR. No estamos en ese extremo
todavia, no; mas temo
adivinar cosas graves.
ELISA. ¡Graves!
BAR. La melancolia
de Cárlos, la prevencion

con que oye la insinuacion
mas leve; la tirania
que aqui ejerce y que sufrimos;
la pena de que hace alarde,
el disgusto de esta tarde,
¿no prueban que le aburrimos?

ELISA. ¡Cómo! ¿qué quieres decir?...
¿Sospechas que otra mujer?...

BAR. Motivo hay para temer.

ELISA. ¡Ah! ¡cuánto me haces sufrir!
Esa presuncion responde,
al levantarse implacable,
á la duda miserable
que en mi corazon se esconde.

BAR. Tú tambien...

ELISA. Tambien creí
que una rival me robaba
el amor que atesoraba
antes Cárlos para mí;
pero al separar los velos
con que su alma cubria,
tan solo ví, madre mia...

BAR. ¿Qué?...

ELISA. La sombra de mis celos.

BAR. Tu credulidad me aflige.

ELISA. No hallando prueba ninguna
en mi sospecha importuna,
para consolarme, dije:
Si le calumnia impaciente
mi celo, cuando él me ama,
mi propio temor me infama,
no él, porque es inocente.

BAR. Sospechar no es un delito;
bueno es...

ELISA. Basta de duda;
mi fé sin tasa le escuda.

BAR. Tus rencores no concito;
Dios me libre, mas si en él
solo hallas instintos buenos,
teme, Elisa, teme al menos
á su tio el coronel.
Á tu marido convence

de que débil siempre ha sido,
y si hábil hoy has vencido,
que Dios te ampare si vence.

ELISA. ¿Mas por qué quieres que tema
si no le hice ningun mal?

BAR. Ese hombre es liberal,
y nos odia por sistema.

ELISA. No puedo creer... mas si es cierto
lo que tanto te contrista...

BAR. ¿Qué intentarás?

ELISA. La conquista
del coronel Rigoberto.

BAR. Tu resolucion me aterra;
todo será ineficaz.

ELISA. Justo es que pida la paz
á quien nos trae la guerra.

(Entra Eduardo precedido de un lacayo, que trae varias alhajas, espigas, broches, diadema, etc.)

ESCENA IV.

ELISA, la BARONESA, EDUARDO, un lacayo, despues IRENE.

EDUAR. Aqui las joyas estan
que don Cárlos tuvo á bien
mandarme comprar.

ELISA. (¡Por fin!...)

BAR. Á ver, á ver.

ELISA. Llame usted
á la señorita Irene.

(El lacayo se retira y vuelve acompañado de Irene.)

BAR. Que ella tambien sea juez...

EDUAR. (¡Se vuelven locas!) Las piedras
son brasileñas, francés
el lapidario.

ELISA. Me agradan.

BAR. (¡Sobrada es su sencillez!)

IRENE. ¡Qué diadema tan preciosa!
Cuando aprisione tu sien,
parecerás un querub,
Elisa, no una mujer.

BAR. Sin alhajas de valor,

no hay traje que siente bien.

IRENE. Sin contar que su reflejo
dá nuevo encanto á la tez
¡y una importancia!... Esta noche
te envidiarán mas de cien.

BAR. ¿Estás en tu juicio, Irene?
No hay dama de algun valer
que no tenga en nuestros dias
piedras finas á granel.
Quién un aderezo lleva
que costó un millon, y quién
se arruina por presentarse
en el gran mundo con él.

ELISA. ¡Ah! ¿Por qué el hombre, insaciable
(Contemplando las joyas con codicia y tristeza al mismo tiempo.)
de riqueza y de poder,
dió á estas piedras incoloras
tal tersura y brillantez,
si entre los rayos ardientes
que hizo brotar el cincel
debia un dia abrasarse
el alma de la mujer?
¿Por qué su mágico aspecto
olvidar hace cruel,
prudencia que tanto vale,
honor que sienta tan bien?

IRENE. Yo no pienso como tú;
quisiera ver á mis pies
un monton...

EDUAR. Cuestan tan caras,
que es mejor, á mi entender,
despreciarlas.

IRENE. Quien no pueda
gastar mucho, hará muy bien,
mas no estoy en ese caso...

BAR. Por fortuna.

EDUAR. Ya lo sé.
(Irene y Eduardo examinan las alhajas, Elisa dice á la Baronesa á media voz.)

ELISA. Mamá, creerás todavia
que pueda existir doblez,

en quien pone tal empeño
en acrecentar mi fé?
Mucho amor prueba el regalo,
y mucho daré por él,
aunque amor es poco premio
para quien premia tan bien.
Pero qué cabeza, Eduardo,
darle gracias olvidé.

EDUAR. Si el encargo hice á su gusto
pagado estoy.

BAR. Bueno es
todo; sin embargo, temo
que por ser harto novel
en estas compras...

EDUAR. Señora,
para hacerlo, me informé
de un hombre entendido, como
que no pasará mes
sin que compre alguna joya
de valor para mujer.

BAR. ¿De quién?

EDUAR. Del Conde.

ELISA. } (Con sorpresa.) ¡Del Conde!
IRENE. }

IRENE. ¿Joyas de mujer?

BAR. (Con viveza.) Tal vez
para un amigo...

ELISA. (Reflexionando.) ¿Un amigo?

EDUAR. (Se han inmutado las tres.
Ya Irene duda del Conde.)

BAR. (Ap. á Cárlos.)
¡Imprudente! ¡Ay! son las diez
y nosotras sin vestir.

IRENE. (Yo necesito saber...)

BAR. Lleve usted esas alhajas.
Vamos.
(El lacayo que trajo las alhajas ha permanecido en el fondo. Al oir la órden de la Baronesa toma la bandeja en que aquellas estan y se las lleva.)

IRENE. (Ap. á Eduardo.) Pronto volveré.

ESCENA V.

EDUARDO, despues IRENE.

EDUAR. Lo que he dicho la contrista.
(Mirando á Irene.)
¡Las muchachas lo creen todo!...
Sin embargo, de algun modo
he de empezar mi conquista.
El Conde su juego esconde
y en su juego no confio,
bueno es que yo esconda el mio
y que me sirva del Conde.
IRENE. Eduardo...
EDUAR. Irene. (Destreza.)
IRENE. Sentiré que usted condene
mi curiosidad...
EDUAR. ¡Yo, Irene!
IRENE. Hábleme usté con franqueza.
EDUAR. Á sus órdenes estoy.
IRENE. (Á ver si por él consigo...)
¿Del Conde es usted amigo?
EDUAR. Amigo íntimo soy,
sé sus secretos mas hondos.
IRENE. ¡Ah!
EDUAR. Nada nos ocultamos.
IRENE. ¿Es posible?
EDUAR. Comerciamos
los dos con los mismos fondos.
IRENE. ¿Y esas alhajas que usté
le ha visto comprar?...
EDUAR. (Con viveza.) Yo no.
Se dice.
IRENE. ¿Pero él no habló?...
EDUAR. Nunca, Irene, y... nada sé.
Mas no dudo que se atrase.
Los hombres como él se ofuscan
ante la verdad y buscan
placeres de cierta clase.
IRENE. ¡De cierta clase!—¡qué horror!
EDUAR. Han vivido de tal modo

que estan cansados de todo,
y si escuchan del amor
el dulce halago, sumisos
en cuanto el amor concede
y acarrearles no puede
ni lazos ni compromisos.

IRENE. Pero eso es abominable,
y dudo que él autorice
tales calumnias.

EDUAR. Se dice—
yo no salgo responsable.
Como á usté me causa espanto
que juegue la criatura
con la amistad franca y pura,
con el amor noble y santo.

IRENE. Muy pronto me informaré,
pues mi cuñado sabrá...
(¡Yo que estaba consentida!)
Es espantosa la vida,
Eduardo. Usted me dirá
cuanto juzgue conveniente.

EDUAR. Todo.—Cuente usted conmigo.

IRENE. ¡Ah! mil gracias.
(Dándole afectuosamente la mano.)

EDUAR. (De enemigo
pasó á ser su confidente.)

IRENE. (¡Mamá me decia ayer
(Al entrar en su cuarto y sollazando.)
que yo era su solo encanto!!
Un hombre tan rico.—¡Tanto!
¡Buen baile voy á tener!)

ESCENA VII.

EDUARDO, luego CÁRLOS.

EDUAR. Ya hemos dado un paso; ahora
pensemos en el marido.
(Tira del llamador de una campanilla y se presenta un lacayo. Recibe la órden de Eduardo y se retira.)
Llame usté á don Cárlos.—Debo
hacer valer mis servicios,

aunque me cuesten muy poco
para tenerle propicio.

CARLOS. Me esperaba usted, Eduardo.

EDUAR. Puntual á la cita he sido.

CARLOS. ¿Cumplió usted mi encargo?

EDUAR. Si,
puede usted estar tranquilo;
de las joyas deseadas
su esposa admira ya el brillo.

CARLOS. (Respiro al fin.)

EDUAR. (Mucho dice
ese imprudente suspiro.)

CARLOS. Pues, amigo, es necesario
que me haga usted un servicio
del que depende mi dicha,
mi honor tal vez;—excesivo
le parecerá sin duda,
pero en su bondad confio.

EDUAR. Disponga usted de mí siempre
como del mejor amigo.
¿Se trata de fondos?

CARLOS. Si.

EDUAR. Pues si me es dado...

CARLOS. Es preciso
que el estado de mi hacienda
encuentre eficaz auxilio,
pues los préstamos parciales
nos conducen á un abismo.
Si, Eduardo, mis acreedores
son muchos, y aunque tranquilos
hasta hoy, no divulgaron
lo que les debo, adivino
que no está lejos la hora
de un ruidoso cataclismo.
En vano querré hacer frente
á los numerosos juicios,
á las sospechas absurdas
y á los embargos prolijos.
Venderán las hipotecas
tal vez por un precio ínfimo,
y honor perderé y fortuna
sin conseguir impedirlo.

En este estado de cosas,
solo veo un un medio digno
de salvar las apariencias
y de evitar el conflicto.

EDUAR. ¿Y cuál?

CARLOS. Convertir en una
mis deudas. Asi retiro
los pagarés que he firmado
antes que venzan.

EDUAR. No atino
cómo.

CARLOS. Con un nuevo préstamo,
asegurado en los mismos
bienes.

EDUAR. Ya voy comprendiendo.

CARLOS. Tomo... y doy; pero liquido
de una vez.

EDUAR. Muy buena idea.

CARLOS. De aqui varios beneficios:
salvar el crédito, hallar
medios en lo sucesivo
de disminuir la deuda
única, ya con el líquido
producto de la hipoteca,
ya roturando baldios
ó ya, en fin, dando un impulso
grande y fecundo al cultivo.

EDUAR. El plan es soberbio; pero,
francamente, no adivino
quién nos prestará los fondos...
Veré á varios hombres ricos,
y tal vez...

CARLOS. Le deberé
la vida.

EDUAR. No tanto; hoy mismo
sabrá usted el resultado...

CARLOS. Conque hoy...

EDUAR. Mas nada afirmo:
entre una y dos de la noche
estaré aqui.

CARLOS. Bien.

(Cárlos se dirige á un secreter, lo abre y saca de él

varios papeles. Entre tanto Eduardo dice.)

EDUAR. (Le sirvo,
y luego le pido á Irene.)

CARLOS. Los documentos precisos:
una nota de mis deudas
parciales. (Se lo dá.)

EDUAR. Bien.

CARLOS. Un recibo
general.

EDUAR. ¡Ya!

CARLOS. Un poder.

EDUAR. ¡Un poder!

CARLOS. Mucho sigilo.

EDUAR. ¡Oh, eso!... sus intereses
casi casi son los mios.

CARLOS. Conque á la una sin falta...

EDUAR. Hasta luego, amigo mio.

ESCENA VIII.

DICHOS, D. RIGOBERTO.

En el momento en que vá á salir Eduardo, entra D. Rigoberto con aire triste y preocupado. Eduardo le saluda y se marcha. D. Rigoberto le contempla con aire de disgusto.

RIG. (Siempre este Eduardito aqui
chupando.)

EDUAR. Mi coronel,
adios.

RIG. Vaya usté con él.

EDUAR. (¿Por qué me mirará asi?) (Se marcha.)

CARLOS. ¿Qué tiene usté, tio?

RIG. Nada.
Desde aqui me fuí al café,
y unos amigos hallé
de la campaña pasada;
de la de los liberales
de allá, contra los cangrejos...
y todos se han hecho viejos,
y todos son generales.

CARLOS. ¿Y á usté le aflige?...

RIG. No tal;
hicieron bien en premiarlos.
En cambio he sabido, Cárlos...
cosas que me han hecho mal.
Tal vez te incomodaré,
mas mi pena es tan enorme,
que es preciso que te informe
de lo mucho que yo sé.

CARLOS. ¿Qué es ello, tio?

RIG. Ten calma.
Ello es... que se habla mucho
de Elisa y de tí.

CARLOS. (¡Qué escucho!)

RIG. En Madrid no tienen alma,
¡pero lengua!... Sin temblar
las faltas ajenas cuentan,
y cuando no, las inventan
para poder murmurar.

CARLOS. ¿Pero qué dicen?

RIG. Oí
de lenguas torpes, mezquinas,
que por Elisa te arruinas,
mas que ella no te ama á tí;
que hay quien te presta por ver
á Elisa tender las alas,
y que festines y galas
muy pronto la han de perder.

CARLOS. ¡Oh!

RIG. Que en tu casa recibes
hombres que causan tu afan,
y que encienden el volcan
ardiente sobre que vives.
Que una madre sin prudencia
y una cuñada sin juicio,
te arrastran á un precipicio
con sus sueños de opulencia.
Y en fin, que adonde consigue
marcar su huella tu planta,
la murmuracion levanta
el deshonor que te sigue.

CARLOS. Basta, basta; á quien tal dijo,
á quien me cubrió de mengua,

hoy he de arrancar la lengua.
Su nombre al punto, lo exijo.

RIG. Si un hombre bajo é inmundo
asi te hubiera faltado,
yo se la hubiese arrancado...
El que te ofende es el mundo.

CARLOS. ¡Oh!... ¿y ese mundo, quién es
para destrozarme tanto?...
No, no: sobre él me levanto
cuando él se arrastra á mis pies.
Aunque altivo me demande,
¿no considera en su empeño,
que es su poder muy pequeño
contra un honor que es tan grande?
¿Ó quiere con mi baldon
cubrir esa muchedumbre
el lodo y la podredumbre
que existe en su corazon?
¡Elisa faltarme!... Miente
ese mundo sin justicia,
pues cuando él lee en su malicia,
yo leo en su hermosa frente;
y brillar en ella vi
un amor casto y profundo,
un amor que huye del mundo
y que se concentra en mí.

RIG. Elisa ama los placeres;
muchos la siguen la pista,
y aunque hasta ahora resista...
un dia...

CARLOS. ¡Tio!

RIG. Qué quieres,
yo hablo siempre sin reparo.
Me explicaré de otro modo.
Tiene un fundamento todo,
y que esto lo tiene, es claro.
El amor propio desecha
y piensa el caso con calma.

CARLOS. No infunda usted en mi alma
la sombra de la sospecha.

RIG. Que te esplotan es verdad:
que quien te explota te vende,

es cosa que se comprende;
que tu mujer sin piedad
te atropella... lo sé yo;—
y en fin, que eres un marido
bonachon, es conocido;
luego el mundo no mintió.

CARLOS. ¡Conque no hay medio posible
de vivir en sociedad!

RIG. Yo te he dicho la verdad.

CARLOS. Pero una verdad terrible.
Para sostener mi honra
gasté mi dicha y mi oro,
y lo que hice por decoro
hoy me envilece y deshonra.
Seguí con noble heroismo
al mundo, que me decia:
marcha—y él me conducia
entre fiestas al abismo.
Marcha—marcha—me gritaba,
y yo, sin mirar sus lazos,
mi nombre hecho mil pedazos
entre las fiestas dejaba.
Mas no—Elisa en su amor
me dice, irguiendo la frente:
no creas, el mundo miente.

RIG. Pues bien, protege su honor.

CARLOS. Si, si; basta de indolencia:
á gritos me pide el alma
horas de plácida calma
en vez de altiva opulencia.
No mas festines que arruinan,
no mas galas que envilecen,
ni veladas que envejecen
ni calumnias que asesinan.
Basta de continuo afan:
en casa sola y expresa
Irene y la Baronesa
lejos de mí vivirán.
Y huyendo mal que desgarra
dicha que tanto queremos,
Elisa y yo viviremos
en mis campos de Navarra.

RIG. (Vencí á la suegra.)—Sereno
y fuerte te quiero. Asi—
un pacato te creí—
y eres un navarro bueno.
Esto se ha de hacer con calma,
que no haya ruido ninguno.
En un momento oportuno
á Elisa hablarás al alma.

CARLOS. Asi haré.

RIG. Luego en un coche
sin mas formas nos largamos.
¡Ah! ¿y el baile?

CARLOS. Ya no vamos.

RIG. Muy bien.

CARLOS. Empiezo esta noche
á mandar.

RIG. Pronto se halla
un pretesto. ¡La mamá
sin prudencia se opondrá,
pero habrá fuego y metralla!—
¡Voto á Luzbel! Tú muy serio
das la órden con voz hosca.
Y nada mas—que conozca
tu mujer que aqui hay misterio.

ESCENA IX.

DICHOS el CONDE.

CONDE. Buenas noches.

RIG. Servidor...
(El gran bandido.)

CONDE. Hasta ahora
no me ha escrito su excelencia,
pues los negocios le ahogan.
Espera á usted á las doce.

RIG. No queda tiempo de sobra.

CONDE. Con esta tarjeta mia (Dándole una tarjeta.)
le harán entrar sin demora
en su despacho.—Tú puedes
acompañarle. (Á Cárlos.)

RIG. Famosa

idea. (Con ese pretesto. (Ap. á Cárlos.)
pon tu prohibicion por obra.

CARLOS. (Ap. á D. Rigoberto.)
Es que espero á Eduardo.

RIG. (Ap. á Cárlos.) Vuelve.

CONDE. Ve. (Á Cárlos.)

CARLOS. Bien.

CONDE. (Frotándose las manos con alegria.)
(Elisa irá sola.)
¿Qué tiene Cárlos? (Ap. á D. Rigoberto.)

RIG. (Id.) Coraje,
porque tiene á todas horas
que estar saludando gentes
que le cansan, le incomodan,
le vilipendian, le execran,
y tal vez, tal vez... le roban.

CONDE. La amistad está perdida.

RIG. Yo creo que anda de sobra.
(Si no me comprende, es tonto.)

CONDE. (Ya mi presencia le estorba.)

CARLOS. (Concluyamos.)
(Cárlos, que ha permanecido profundamente preocupado, se dirige á la primera puerta lateral de la derecha. En este momento salen Elisa, la Baronesa é Irene en traje de baile. Las acompaña un lacayo.)

ESCENA X.

DICHOS, ELISA, la BARONESA, IRENE, un lacayo.

BAR. Que al momento
enganchen las yeguas tordas.

CARLOS. (Deteniendo con un gesto imperioso al lacayo.)
Que no enganchen.

BAR. ¿Que no enganchen?

CARLOS. No. Vete. (El lacayo se retira.)

RIG. (Estalló la bomba.)

ELISA. Pues si son las doce dadas.
Cárlos, ¿por qué te incomodas?

RIG. Porque tiene ocupaciones...

CARLOS. El Conde nos proporciona

una audiencia del ministro,
y verle al momento importa,
pues se trata de un camino
que hace tiempo espera ansiosa
mi provincia. Esto me impide
ir al baile.

BAR. Á otra hora
te ocuparás...

RIG. Nada de eso.

BAR. Bien, bien, iremos nosotras.

CARLOS. Adonde no vá el marido,
no vá la mujer, señora.

ELISA. ¿Qué dices, Cárlos!

CARLOS. (¡Qué es esto!)

ELISA. Nuestros proyectos trastornas
despues de haber consentido...

IRENE. Seria una accion sin lógica.

BAR. ¡Una infamia!

IRENE. Una locura
sin ejemplo.

ELISA. (Esforzándose para sonreir.)
Era una broma,
¿no es cierto?

CARLOS. Quédate, Elisa.

ELISA. Imposible, te equivocas.
¿Cómo has de exigir?...

CARLOS. Lo mando.

ELISA. ¡Tú! Cárlos, Cárlos, me odias.

IRENE. Claro es...

CONDE. (Con alegria.) (Esto se complica.)

BAR. Si asi tratas á una esposa
cuyo casto y noble seno
solo virtud atesora,
protesto con energia
contra las acciones todas
de un marido á quien subyugan
la ingratitud y la cólera.

RIG. Pues yo protesto tambien
contra la protesta impropia
de una madre, que sin tregua
los ánimos alborota,
sembrando do quier sospechas,

revolucion y discordia.
Protesto contra el tumulto
que á la autoridad arrolla,
y aconsejo á mi sobrino
que tire con bala roja.

BAR. Usted me insulta.

CONDE. Por Dios...

BAR. Quiere pegarme.

RIG. ¡Señora!

IRENE. Quieren matarnos.

ELISA. ¡Qué infierno!

BAR. (Á D. Rigoberto.)
¡Se goza usted en su obra!
Pero no, seria indigno
consentir tan vergonzosa
intriga. Vamos al baile.
(Asiendo á Elisa de una mano.)

IRENE. Si, si. Vamos sin demora. (Idem.)

CARLOS. Atras, Elisa no irá
porque obedecer la toca.
Usté es dueña de sus actos,
yo de los mios, señora.
El yugo que fué tan leve
de hoy mas ha de ser de roca.
Quiero ser rey en mi casa,
y rey seré.

BAR. Te equivocas.

ELISA. Cárlos, Cárlos.
(Elisa anegada en llanto tiende los brazos hácia Cárlos. Este dá un paso hácia ella. Don Rigoberto le detiene.)

RIG. (Vente.) Quedan
las hostilidades rotas.
(D. Rigoberto y Cárlos se marchan precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XI.

ELISA, la BARONESA, IRENE, el CONDE.

BAR. Ese navarro es la causa
de todo
(Se deja caer sofocada sobre una butaca.)

ELISA. ¡Cruel! me abandona.
(Id. ocultándose el rostro entre las manos.)
IRENE. (Á media voz y con intencion al Conde.)
Usted obtuvo la audiencia
que tanta dicha nos roba,
para evitar que yo fuese
al baile.
CONDE. (Id.) ¿Cómo!...
IRENE. Le estorba
mi presencia. Bien, no iré.
(Se acerca á Elisa.)
CONDE. (Las sospechas se amontonan.)
BAR. ¿Quereis mas?
(Levantándose y dirigiéndose á Elisa.)
ELISA. La indignacion
sangrienta del alma brota.
CONDE. Elisa.
IRENE. Hermana...
BAR. No llores.
ELISA. Si las lágrimas me ahogan,
si siento en el corazon
un dolor que lo destroza,
que lo envenena! Le amaba
tanto! ¡Ah! por qué es tan corta
la bienhechora confianza
que el amante pecho arroba?
¿Por qué me aleja de sí?
¿por qué mi vista le enoja?
Pero no, no; es imposible,
su corazon se equivoca;
si es mio su corazon,
¿por qué cruel me lo roba?
Sin embargo sus palabras,
sus miradas rencorosas
harto bien estan probando
que en mi padecer se goza.
Mas qué digo, es imposible.
Dios mio, me vuelvo loca.
CONDE. La conducta de su esposo
es abominable, hay formas
para mandar en su casa.
BAR. Y para decir las cosas.

IRENE. Quién lo duda.
BAR. ¡ Y que despues
se quejen de sus esposas
los que asi las esclavizan
y los que asi las agobian!
CONDE. Yo creo que en ciertos casos
la venganza es meritoria.
IRENE. Y conveniente.
BAR. Pues ella,
dotada de una alma próvida,
se contenta con sufrir
y callar. Nada le importa
que cueste humillante ruego
cada traje y cada joya,
ni que un militar adusto
que vino á casa en malhora,
dé sus órdenes á Cárlos,
y que este al punto desoiga
las peticiones de un ángel
que ante sus ojos solloza,
ni que la mande quedarse
en casa, ¿y cuándo? á la hora
de ir al baile para hacer
mas evidente su mofa.
IRENE. (Con intencion mirando al Conde.)
¿Pero, mamá, no conoces
que hay quien á Cárlos se asocia
para impedir que vayamos?
ELISA. ¿Quién!!
IRENE. Nuestra presencia estorba. (Id.)
BAR. Claro. Cárlos ha ido al baile.
ELISA. ¡Él! (¡Qué sospecha!...)
BAR. De broma
pasará la noche, en tanto
que en triste abandono lloras.
ELISA. ¿Qué dices? Habla, responde
á mi sospecha espantosa.
Irene, Conde.
(Todos bajan los ojos. El Conde finge la timidez de un hombre culpable.)
¿Callais?...
Vuestros semblantes denotan

que temeis que la verdad
mi pobre corazon rompa.
¡Me teneis lástima! No;
la fé estúpida se agota,
y el corazon afligido
valor sin trabas recobra.
Vamos al baile al momento;
(Con ansiedad febril.)
al momento... cada hora
que pasa aumenta mis dudas.
¡Qué! ¿Me mirais silenciosas?...
¿No veis que me estoy muriendo?
¿que la ansiedad me devora?

BAR. ¡Oh! no puedo acompañarte...
Dirian á son de trompa
que yo siembro en esta casa
el gérmen de la discordia.

ELISA. ¡Cómo! ¿temes?... ¿No eres tú
quien mi corazon destroza?

BAR. ¿Yo?... ¡Jesus!

ELISA. ¿No has infundido
en mí la horrible zozobra
que mi razon enloquece?
¿No me obligas á que rompa
toda conveniencia?

BAR. ¡Elisa!

ELISA. Tú que de fuerte blasonas,
¿por qué me dejas?

CONDE. Es cierto;
á usted ayudarla toca...

BAR. Vé con Irene: estoy mala.

IRENE. Yo no.

ELISA. ¿Tambien me abandonas?

IRENE. Mi dignidad ofendida
me impide...

ELISA. (Con desesperacion.) Me dejais sola,
y me dejais cuando mas
vuestra proteccion me importa.
¿Pero no veis que se aumenta
mi ansia de ir? ¿que me ahoga
el dolor? ¡Tenedme lástima!
Estaremos media hora,

diez minutos.

BAR. No.

IRENE. No puedo.

ELISA. Vuestras almas son de roca.

BAR. Repito que estoy muy mala,
y no es justo que me exponga...
Conde, buenas noches.

IRENE. Yo
tambien sufro.—Adios.

CONDE. Señoras...

(El Conde coge su sombrero, y despues de saludar á Irene y la Baronesa, se dirige á la puerta del fondo, pero en el momento que aquellas desaparecen se detiene, y dice con alegria comprimida, mirando á Elisa que permanece profundamente preocupada.)

(Llegó la crisis: si accede
he coronado mi obra.)

ESCENA XII.

ELISA, el CONDE.

ELISA. Mi corazon no desecha
la idea... ¡si me engañase!
si en ese baile se hallase!
¿Cómo alejar la sospecha
que á padecer me precisa?
¿Cómo calmar mi tormento
si está aqui... en mi pensamiento...
si no me abandona?

CONDE. Elisa...

ELISA. ¡Ah! Conde... (Retrocediendo con disgusto.)

CONDE. Su hondo dolor
presenciaba...

ELISA. Sufro tanto,
que para ocultar mi llanto
me falta, Conde, valor.
He perdido la esperanza...

CONDE. (Con tristeza y gravedad.)
Lo creo, la causa es grave.

ELISA. ¡Conque es cierto! Usted lo sabe.

CONDE. ¿Yo?...

ELISA. ¿No le infundo confianza?...
CONDE. (Id.) Tenga usted resignacion.
ELISA. ¡Cielos!
CONDE. Cárlos no es capaz...
ELISA. Si esas palabras de paz
me parten el corazon!
No quiero vanos consuelos.
CONDE. Pero...
ELISA. Aumentan mis enojos.
Yo quiero ver con mis ojos,
y no á través de mis celos.
CONDE. Bien, vaya usté al baile, yo
la conduciré en mi coche,
nadie nos verá: la noche
está oscura...
ELISA. ¡Ah!... mas no...
CONDE. Estará usted un momento,
yo en el coche esperaré,
y aqui la acompañaré
de nuevo.
ELISA. (Luchando consigo misma.)
No debo...
CONDE. Siento
mucho no inspirar confianza.
ELISA. ¡Si lo supieran!...
CONDE. No creo...
usté cumple su deseo,
y recobra la esperanza
tal vez...
ELISA. ¡Por ella daria
mi vida entera!
CONDE. Valor,
el tiempo pasa.
ELISA. Mi honor...
mis celos... ¡Oh! qué agonia.
(Momento de ansiedad por parte de los dos actores.)
Iré, y que encuentre fin
el pesar que me devora.
CONDE. Dentro de un cuarto de hora,
en la puerta del jardin
mi coche estará.
ELISA. ¡Fatal

baile!

CONDE. Su zozobra es vana.
Una luz en la ventana,
me servirá de señal
para que la pueda ver,
y sin que nadie lo advierta,
saldremos por esta puerta.
(Señalando la que dá paso al jardin. El Conde dá unos cuantos pasos hácia la puerta del fondo. Elisa se precipita hácia él, diciendo con espanto:)

ELISA. ¡Ah! ¡Conde, qué voy á hacer!

CONDE. No delatan las paredes.

ELISA. ¡Ah! iré, dí mi palabra.
(Despues de un momento de pausa, entra en su cuarto.)

CONDE. Ella su desgracia labra.
(Viéndola partir con alegria.)
Todos estan en mis redes.

ESCENA XIII.

IRENE, despues CÁRLOS.

IRENE. Elisa se ha recogido.
El Conde á ir se apresura
(Entorna la puerta del fondo.)
al baile, le espera en él
mi cuñado, ¿quién lo duda?
Adios, sueños de opulencia,
adios sueños de ventura.

CARLOS. (Acercándose á ella con rapidez.)
¡Ah! Irene, ¿llora? Irene.

IRENE. (Con sobresalto.)
¡Aqui tú!

CARLOS. ¿Por qué te turbas?

IRENE. Por nada...

CARLOS. ¡Tanto me odias,
que mi presencia te inmuta!

IRENE. Es que creí...

CARLOS. Nada temas,
tal vez es leve tu culpa.

IRENE. Soy muy desgraciada, Cárlos.

CARLOS. ¡Cómo! ¿mis palabras bruscas
te afligieron?
IRENE. ¡Oh! no es eso.
Otros pesares me abruman.
Creí que el Conde me amaba,
y mamá que no se ofusca
tambien lo creyó...
CARLOS. ¿Y bien?...
IRENE. Y bien; era una locura,
sé que el Conde tiene horror
de la soñada coyunda,
que solo ama los placeres
de cierta clase, que busca
amores sin compromiso
y que es atroz su conducta.
CARLOS. ¿Quién ha podido informarte?...
IRENE. Una persona segura.
CARLOS. ¡Cómo!
IRENE. Habla de las mujeres
de una manera que asusta.
CARLOS. ¡Ah! (¡Cielos! ¿si será él?...)
(Profundamente preocupado.)
IRENE. Tú eres el que te turbas
ahora...
CARLOS. ¿Yo?...
IRENE. Sabes muy bien
que es cierto; pero lo ocultas.
CARLOS. Sin embargo, sus visitas...
IRENE. Puro cumplido.
CARLOS. ¡Le juzgas
de una manera!...
IRENE. Á mi lado
no estaba dichoso nunca.
CARLOS. ¡Nunca!
IRENE. Se notaba en él
una impaciencia, y en suma
cualquiera aqui le agradaba
mas que yo. (Con sencillez.)
CARLOS. ¿Quién? Continúa.
(Con ansiedad.)
IRENE. Mamá... mi hermana.
CARLOS. ¡Tu hermana!

IRENE. La trataba con finura,
la prodigaba atenciones.
CARLOS. Eso no es verdad.
IRENE. Me asustas
CARLOS. El Conde te ama, lo sé,
lo quiero creer. No me arguyas
y las sospechas que abrigas
en tu corazon sepulta.
IRENE. ¡Ah! ¿qué tienes?
CARLOS. ¿Qué te importa.?
Déjame con mi amargura
y no la aumentes, Irene,
no la aumentes con la tuya.
Duerme, duerme, y si en el sueño
se te presenta la duda,
recházala, no la creas,
pues miente su voz impura.
IRENE. Me haces temblar. No comprendo...
tus facciones se demudan...
CARLOS. Déjame.
IRENE. Cárlos.
CARLOS. Aparta.
IRENE. Mas...
CARLOS. Recógete, es la una.

ESCENA XIV.

CARLOS.

Adonde quiera que estoy,
adonde poso mi planta,
al punto allí se levanta
la sombra que huyendo voy.
Sombra que del pecho amante
surgió torpe y soñolienta,
y que ya veloz se ostenta
aterradora y jigante.
Mi propio temor me asombra,
¿por qué aumentándose vá?
¿por qué, por qué siempre está
ante mi vista esa sombra?
Ó es que en mi afan necesito

para dar vida á mi afrenta
que la virtud misma... mienta
y se convierta en delito?
Para que el mundo me honre
es fuerza que el pensamieuto
sin causa ni miramiento
lo que mas ama deshonre.
Huya la idea cobarde
sobre la cual me remonto.
Para acriminar es pronto;
para perdonar es tarde.
Tal vez llore mi desvio
(Se dirige al cuarto de Elisa.)
y mi arrebato condene.
(En el momento en que vá á abrir se detiene.)
Pero y lo que ha dicho Irene...
su duda... el mundo... mi tio...
(Se aleja de la puerta con disgusto.)
Señor, ¿qué pasa en mi alma?
Que extraño presentimiento...
De la noche el manso viento
tal vez me vuelva la calma: (Abre la ventana.)
bogue el pensamiento ruin
entre el sombrio ramaje.
(Se oye el ruido do un carruaje.)
¿Qué oigo? se para un carruaje
en la puerta del jardin...
¡No es el mio! Baja de él
un hombre... mira hácia aqui...
¿Qué espera ese hombre ahí?
¡Qué de dudas en tropel!...
¡Ella!

ESCENA XV.

CÁRLOS, ELISA.

Sale Elisa envuelta en un abrigo y se dirige lentamente al velador, toma una bujia de uno de los candelabros y se adelanta trémula y aterrada hácia la ventana. Todo cuando lo indica el diálogo.

CARLOS. ¡Suerte inexorable!

(Dando unos cuantos pasos hácia el ángulo derecho de la habitacion.)

ELISA. Llegó el momento fatal.
¡Valor! Haré la señal.
¡Cárlos!
(Cárlos la ase violentamente del brazo con que se dispone á hacer la señal.)

CARLOS. Calla, miserable.
ELISA. ¡Tú aqui!
CARLOS. ¿Te causo pavor?
Tambien al verte lo tengo.
ELISA. ¡Cielos!
CARLOS. Á presenciar vengo
tu infamia y mi deshonor.
ELISA. ¡Cómo! ¿has creido?... Te juro...
CARLOS. ¡Jurar! ¿qué vas á jurar,
si no me puede engañar
tu labio, tu labio impuro?
La señal que ibas á hacer,
ese hombre que te espera,
¿no pregonan por do quiera
lo que yo no quise creer?
ELISA. No creas, por compasion...
Te lo suplico de hinojos.
CARLOS. ¿No quieres que tenga ojos?
ELISA. Te engañan.
CARLOS. ¿Y el corazon?
ELISA. Miente.
CARLOS. ¿Y ese hombre?
ELISA. Miente.
CARLOS. No; tus palabras impias...
ELISA. Lee, Cárlos, como otros dias,
la verdad sobre mi frente.
Que tu voz no me difame.
No abras ante tí un abismo;
no te deshonres tú mismo
con esa sospecha infame.
Si tu ventura destruyo,
sabré ocultarte mi llanto;
pero recuerda entre tanto
que el nombre que llevo es tuyo.
CARLOS. ¿Por qué pides que lo guarde

si todo me dice, todo,
que está cubierto de lodo?
¿No conoces que es ya tarde?

ELISA. Impostura.

CARLOS. ¿Y ese coche?...
¿Y ese hombre?

ELISA. ¡Qué agonia!

CARLOS. ¿Pensaste que ocultaria
tu infamia la oscura noche?
Tuvo compasion de mí,
y en este dolor sin freno,
me hizo surgir de su seno
para ponerme ante tí;
y aqui estoy; y este recinto
donde me juraste fé,
pavoroso y triste ve
mi rostro en vergüenza tinto.
Y aqui estoy viendo la afrenta
que tú me ocultas tan mal,
y esperando la señal
de mi venganza sangrienta.

ELISA. ¿Qué piensas hacer?

CARLOS. ¡Cruel!
Aun me haces ver sin reparo
que quieres prestarle amparo;
que estás temiendo por él.

ELISA. Es inocente; ofenderte
no supo. Cárlos, perdon.

CARLOS. ¿No ves que tu intercesion
le está condenando á muerte?
Las lágrimas no redimen.

ELISA. Pediré socorro.

CARLOS. No;
el crímen se cometió,
y aqui ha de pagarse el crímen.

ELISA. No le asesines.

CARLOS. ¡Deliras!
si me lo estan ordenando
el suelo que estás pisando
y las paredes que miras.

ELISA. Te infamas.

CARLOS. Mi ofensa borro.

Haz la señal.

(Cárlos arrastra á Elisa hasta el velador, la obliga á tomar una bujia y á hacer la señal.)

ELISA. Criminal
no seré, no.

CARLOS. La señal. (La hace.)

ELISA. Socorro. (Cubriendo la puerta con su cuerpo.)

CARLOS. Aparta. (Tratando de separarla.)

ELISA. Socorro.

ESCENA XVI.

DICHOS, EDUARDO, despues la BARONESA é IRENE por la izquierda. DON RIGOBERTO por el fondo, el CONDE por la puerta del jardin.

EDUAR. (Entra corriendo con varios pagarés en la mano.)
Albricias, amigo mio,
sus deudas estan pagadas.

CARLOS. ¿Por quién?

EDUAR. Por el Conde.

(En este momento aparece el Conde en la puerta del jardin y mira á Cárlos con sonrisa de triunfo. Cárlos retrocede exclamando con voz ahogada.)

CARLOS ¡Él!

ELISA. ¡Ah! soy inocente.

(Cae desmayada á los pies de su hermana.)

IRENE. Hermana.

(Irene y la Baronesa se arrodillan para socorrer á Elisa.)

CARLOS. No puedo matarle.

(Se deja caer sobre una butaca arrugando entre sus manos crispadas los pagarés.)

RIG. ¡Infame!

(Mirando al Conde con rabia comprimida.)

CONDE. Sucedió lo que esperaba.

(Con calma y con alegria.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el acto segundo. Al levantarse el telon la Baronesa escribe, Eduardo de pie calcula con una cartera y un lapiz en la mano.

ESCENA PRIMERA.

La BARONESA, EDUARDO.

BAR. Forzoso es que el Conde venga
al momento.

EDUAR. Nada, no hallo
medio de que Cárlos pague
toda la deuda al contado.
Quedan siempre los diez mil
duros. En fin yo me lavo
las manos, pues á la vez
me hizo caer en el lazo.
¡Canalla! y qué bien fingia
con todos aqui.

BAR. En vano
trabajan para envolvernos.
(Despues de cerrar la carta tira del llamador de una campanilla, se presenta un lacayo y le entrega la carta, Eduardo la observa con curiosidad.)
Pronto evitaré el naufragio.
Esta carta para el Conde.

EDUAR. ¡No basta con el escándalo

de anoche, aun le escribe!
pues... si noto un nuevo engaño
de parte de mi consócio
ni le perdono ni callo.

ESCENA II.

DICHOS, D. RIGOBERTO.

RIG. Mi sobrino le suplica
que entre al punto en su despacho.
EDUAR. Al momento. (Entra en el despacho.)
RIG. Dos palabras.
(Á la Baronesa que se retira con aire de disgusto.)
BAR. Yo no debo...
RIG. Pronto acabo.

ESCENA III.

D. RIGOBERTO, la BARONESA.

RIG.. Señora, siento venir
á dar á usted un mal rato;
entiendo poco de formas,
pero soy conciso y claro.
BAR. Con tal que acabe usted pronto.
RIG. Al momento, voy al grano. (Sentándose.)
Mi sobrino tiene pruebas
terribles.
BAR. Hable usted bajo.
RIG. Bueno. ¡Terribles, señora!
y como es un hombre honrado
no quiere ya por mas tiempo
sufrir infames agravios;
asi despues de llorar
como un muñeco en mi cuarto
y maldecir á la pérfida,
á quien un dia amó tanto,
ha dispuesto, y lo dispuesto
con exactitud traslado;
primero: que se separa
de Elisa.

BAR. Le daré amparo
y asilo.
RIG.. Que le devuelve
su dote sin que un hilacho
le falte.
BAR. Yo buscaré
quien con prolijo cuidado
la administre.
RIG. Que su esposa
haga de su capa un sayo,
que viva á su gusto.
BAR. Creo
que está de mas el encargo.
RIG. Que no se acuerde mas de él.
BAR. ¡Quién se acuerda de un ingrato!
RIG. Y por último, señora...
BAR. ¿Hay mas aun?
RIG. Que nos vamos.
BAR. ¿Hay mas?
RIG. ¿Qué mas ha de haber?
¡voto á Belcebú! Que Cárlos
paga sus deudas hoy mismo,
y que se queda arruinado.
BAR. Él las contrajo.
RIG. Su esposa.
BAR. ¡Querrá usted probarme acaso
que debe pagarlas ella!
La dote es sagrada.
RIG. Harto
lo sé; pero si algun dia
dice el mundo por lo bajo:
ella en la opulencia vive,
y él vive con su trabajo;
ella no pierde un festin,
y él lucha con su quebranto,
no habrá ley que la defienda,
y su honor hecho pedazos
correrá de boca en boca,
de boca en boca infamado.
BAR. ¿Y quién causará estos males?
RIG. Usted que me está escuchando,
señora, porque ha podido

hace ya tiempo evitarlos.

BAR. Basta de lecciones, sé
que si Elisa ha dado un paso
imprudente, no por eso
es culpable—el arrebato
de Cárlos ha sido causa
de todo. Sé que mi rango
y el de mi hija exigian
representacion y gastos,
y sé en fin, que si mi yerno
se halla hoy en un pantano,
es por falta de talento
y maña, por no ser apto.
En este estado de cosas
dá sin motivo un escándalo,
abusa de la inocencia,
dice que le han deshonrado,
pide una separacion...
y nosotras la aceptamos.

RIG. Repórtese usted, señora,
mi sobrino es un navarro,
y no pudo abrigar nunca
pensamiento tan villano.
Aguantó sin murmurar
lo que no aguantara un santo,
¡pero tramar un complot!...
Vamos, quisiera olvidarlo,
porque estoy temiendo...

BAR. He dicho.

RIG. Pero...

BAR. Beso á usted la mano.

ESCENA IV.

D. RIGOBERTO.

Preferible es que se vaya
con su glacial ironia,
porque no sé si podria
tener mi coraje á raya.
¡Habrá fortuna mas negra!
Pude en el alto Aragon

un dia con la faccion,
y hoy no puedo con la suegra.
(Se sienta de mal humor en segundo término.)

ESCENA V.

D. RIGOBERTO, CÁRLOS, EDUARDO.

CARLOS. Entregue usted estas cuentas
(Entregando un legajo á Eduardo.)
á la Baronesa. Debe
examinarlas despacio.
Pues si este paso me duele,
cumple á mi honor que se sepa
que todas estan corrientes.
EDUAR. Está bien.
CARLOS. ¿Mandó usted ya
que un escribano extendiese,
como dije, la cesion
que hago al Conde de mis bienes?
EDUAR. Faltan las firmas.
CARLOS. Iré
á la escribania en breve.
Otro encargo: si á las once
no he vuelto aun, como puede
suceder... dé usté esta carta
(Entregando á Eduardo una carta.)
á Elisa.
EDUAR. Bien.
CARLOS. Mas conviene
que antes no la lea. Exijo
palabra formal, solemne.
EDUAR. ¿Qué proyecta usted!...
CARLOS. Silencio,
y cumpla usted como debe.
(Eduardo entra en las habitaciones de la Baronesa. Cárlos se acerca á D. Rigoberto, que se pasea en el fondo.)

ESCENA VI.

D. RIGOBERTO, CÁRLOS.

CARLOS. ¿Hizo usté mi comision?
RIG. Ya saben... sin reticencia,
que por mútua conveniencia
pides la separacion.
CARLOS. Y en su alma de granito,
y en su corazon ya seco,
¿aun no ha retumbado el eco
de mi dolor infinito?
Pero no, no quiero oirla
disculparse balbuciente.
Tio, que no se presente,
pues no quiero maldecirla.
RIG. Comprendo bien tus enojos,
pero escúchala primero.
CARLOS. ¿La disculpa usted?
RIG. Espero
que tal vez ella...
CARLOS. ¿Y mis ojos,
que aqui vieron la señal?
RIG. La falta no se me esconde,
pero... yo...
CARLOS. Hablemos del Conde.
Un incidente fatal
me impidió anoche verter
con furia loca, insaciable,
la sangre de un miserable
delante de una mujer;
mas se salvó, por mi suerte,
el compromiso, y al punto
quiero arreglar un asunto
cuyo juez será la muerte.
Usté ajustará, en mi nombre,
las condiciones del reto.
RIG. ¡Cárlos!...
CARLOS. Exijo el secreto.
RIG. Eso es hablar como un hombre:
¿mas no seria mejor

que yo, que sé manejar
las armas, fuese á lidiar?...

CARLOS. ¿Duda usté de mi valor?

RIG. Entre un jóven de despejo
y un viejo sin porvenir...
el jóven debe vivir
y debe exponerse el viejo.

CARLOS. Corazon noble. (Abrazando á D. Rigoberto.)

RIG. Hijo mio,
(Sin poder contener su emocion.)
en cien ocasiones malas
me han respetado las balas;
pero á tí...

CARLOS. La muerte ansio.
(Con sonrisa triste.)

RIG. Mas si le hiciera firmar
que ha sido un canalla... aqui
(Saca un papel doblado del bolsillo y lo vuelve á guardar.)
llevo...

CARLOS. No; me toca á mí
castigarle.

RIG. Es regular.
Mas su vergüenza es escasa,
y tal vez... ¡Voto á Luzbel!...
¡pensar que un hombre como él!...

CARLOS. Pronto, tio; el tiempo pasa.

RIG. Pensar...

CARLOS. Su calma me asombra.

RIG. Te traeré su respuesta.
Mucho este paso me cuesta,
pero voy á ser su sombra.

ESCENA VII.

CÁRLOS, despues IRENE.

CARLOS. ¡Pobre viejo! Único amigo
en quien nunca encontré dolo
ni cobardia, tú solo,
de hoy mas, sufrirás conmigo.
Ella en su ciega locura

no se acordará siquiera...
¡Calma! Es forzoso que muera
yo... y entonces... La escritura
voy...

IRENE. ¡Cárlos!

CARLOS. ¡Irene!

IRENE. ¿Asi
cuando Elisa ansia verte
te vas?

CARLOS. Si.

IRENE. ¿Quieres su muerte?

CARLOS. ¿Sufre?

IRENE. Y tanto, que creí
que perdia la razon.

CARLOS. ¡Ah!... ¡cuídala, desgraciada!
(Por un arranque espontáneo, que se convierte al instante en una frialdad irónica.)
¿Pero qué me importa? Nada
siente ya mi corazon.
Está muerto, ¿no lo ves?

IRENE. No, te engañas.

CARLOS. Su agonia
está calmando la mia.

IRENE. Te arrepentirás despues.

CARLOS. ¡Yo!... ¡cuando ella me mata!
¿Por qué una falta defiendes
que ni mides ni comprendes?

IRENE. Te juro...

CARLOS. Adios, insensata.

ESCENA VIII.

IRENE.

¿Por qué no me oye? ¿por qué
apura del mal las heces,
si Elisa, mil y mil veces
que era inocente juró?
¿Por qué empeñarse en que el Conde
es culpable, si ya creo
que abriga el mismo deseo
conyugal que abrigo yo?

ESCENA IX.

ELISA, IRENE, la BARONESA.

La Baronesa trata de calmar á Elisa, que pugna por desasirse de ella.

ELISA. Quiero verle. No me anuncias
que me propone el divorcio,
que se marcha?
BAR. Pero advierte...
ELISA. No: á detenerle corro.
IRENE. Elisa.
ELISA. ¡El divorcio! Horrible
sentencia, que siembra oprobio
en las almas destrozadas
de dos seres, espantoso
borron que la mujer lleva
siempre marcado en el rostro,
padron de infamia que dice
al mundo imprudente y loco:
«entre los dos hay un crímen,
del cual se apartan medrosos...»
No, no; la mujer honrada
debe vivir con su esposo,
ella es su sierva ante Dios,
él ante el mundo su apoyo.
BAR. Pero, infortunada Elisa,
convéncete que el consorcio
era para él un yugo
abominable.
IRENE. De plomo.
ELISA. Me arrancais el corazon.
¿No comprendeis que le adoro,
y que lejos de su lado
no puedo encontrar reposo?
¿No comprendeis que es querido
para mí... hasta su odio?
BAR. Detente. Te lo suplico
en nombre de tu decoro.
¿El crímen que se te imputa

no es por ventura ilusorio?

ELISA. ¡Oh! si.

BAR. ¿No diste mil pruebas
de tierno amor á tu esposo?

ELISA. ¡Cruel!

BAA. ¡No ha tenido á menos
oir tus descargos! ¡Cómo
te atreves á presentarte
delante de él! ¿Sin bochorno
sufrirás nuevos insultos!

IRENE. ¡No te inmuta el ceño torvo
de don Rigoberto!

BAR. En fin...
¿No adviertes que tus sollozos
te condenan?

ELISA. (Con abatimiento y enjugando sus mejillas.)
Es verdad.

IRENE. Suplicarle fuera el colmo...

ELISA. ¡Oh! basta.

IRENE. (Ap. á la Baronesa.)
Ya cede.

BAR. ¿Dudas
de los consejos juiciosos
de tu madre? (Con dolorosa ternura.)

IRENE. (Id.) ¡Y de tu hermana!...

BAR. ¿Somos acaso un estorbo
para tí?

ELISA. ¡Ah! madre mia...
el juicio pierdo, me ahogo.
(Cayendo entre los brazos de la Baronesa.)

BAR. ¡Infeliz! Dios es testigo
de que cuanto hago, es solo
por defender tus derechos.

ELISA. Mi suerte en tus manos pongo.

BAR. Confia en mí. (Ap. á Irene.) No la dejes.
Descansa, tomaré pronto
un partido.

IRENE. Ven, Elisa.

ELISA. (Mirando el cuarto de Cárlos.)
(¡Oh! volveré.)

IRENE. (Ap. á la Baronesa.) Mi consorcio
no olvides.

BAR. Pierde cuidado,
pues me ocuparé de todo.

ESCENA X.

La BARONESA, despues el CONDE.

BAR. ¡Pensaban oir sus súplicas
y contemplarla de hinojos!
¡Crueles! yo haré que imite
mi dignidad y mi aplomo.
CONDE. Señora...
BAR. Conde...
CONDE. Su carta
recibí, y aunque ya roto
está el amistoso acuerdo
que reinaba entre nosotros,
á su llamamiento acudo,
y á sus órdenes me pongo.
BAR. Soy muy desgraciada, Conde.
CONDE. Creo que todos lo somos,
Baronesa.
BAR. Irene y yo
no hemos vuelto del asombro
que nos produjo la indigna
sospecha de Cárlos.
CONDE. ¿Cómo
esperar una emboscada
tan villana? Yo deploro
el suceso mas que nadie,
no por mí, pues saben todos
que si frecuento esta casa
es con un fin...
BAR. Noble, honroso.
CONDE. Eso es, ¡pero y Elisa!...
BAR. Estoy temiendo un trastorno
mental.
CONDE. ¡Infeliz! ¡tan buena
y tan inocente!
BAR. El monstruo
la abandona.
CONDE. (Con fingido asombro.) ¡La abandona!

(Lo presumia.) Está loco. (Con desprecio.)

BAR. Si, señor; loco.

CONDE. ¿Y no advierte
que ese acto vergonzoso
desacredita la casa?

BAR. (Enjugándose una lágrima.)
¡Ay! ¡no sé cómo soporto
tantos golpes repetidos!

CONDE. ¡Desgraciado matrimonio! (Id.)

BAR. Pues bien; usté que conoce
esta situacion á fondo,
¿qué me aconseja?

CONDE. Señora,
el consejo no es dudoso:
huir de Madrid al punto,
antes que se hagan notorios
el suceso de esta noche
y el proyectado divorcio.

BAR. La medida es excelente.

CONDE. Pero debe ser muy pronto.

BAR. Al instante. Iré á Valencia.

CONDE. Yo, para prestarla apoyo,
me quedaré aqui unos dias
para persuadir á todos
de que el suceso... es un cuento
hecho á placer.—Tengo aplomo,
y me creerán.—Hecho esto,
á unirme con usted corro
á Valencia.

BAR. Allí hablaremos...

CONDE. Si, si: de nuestros negocios.

BAR. Irene no ha de pagar
culpas y errores de otros.

CONDE. Tiene usted mucha razon.
(Aparece Cárlos en la puerta del fondo.)
—Á las once y diez y ocho
minutos partirá el tren.

BAR. En él saldré, aunque es corto
el plazo, por no ver mas
personas que tanto odio.
(Al volverse, se encuentra cara á cara con Cárlos, que ha bajado lentamente, y que la contempla con

aire terrible. La Baronesa dá un grito comprimido, y se acerca al Conde, que dá un paso atrás, pero que permanece impasible.)

ESCENA XI.

CÁRLOS, DICHOS.

BAR. ¡Ah!
CONDE. (¡Cárlos!)
CARLOS. ¡Usted aqui! (Con ira concentrada.)
BAR. Está en mi casa.—Por Dios,
prudencia, Conde. (Ap. al Conde.)
CARLOS. (Los dos
conspiraban contra mí.) (Momento de silencio.)
¿Por qué ese silencio? ¿Acaso
tiembla quien no tiene culpa?
(Impidiendo á la Baronesa que hable.)
Yo no pido una disculpa,
porque no la admite el caso;
pero veo con pesar
que son mis sospechas ciertas,
pues abre siempre mis puertas
quien las debiera cerrar.
BAR. ¡Abrir yo! ¿Quién en mal hora
nuestra desventura labra?...
CARLOS. Basta.
BAR. Yo...
CARLOS. Ni una palabra.
Quiero estar solo, señora.

ESCENA XII.

CÁRLOS, el CONDE.

CONDE. Extraño mucho el rigor
con que te portas conmigo:
un tiempo he sido tu amigo...
CARLOS. Hoy es usted un traidor.
CONDE. ¡Yo!
CARLOS. Nuestras almas, sedientas
estan de venganza; asi,

antes de salir de aqui
arreglemos nuestras cuentas:
usted mis deudas pagó
con eficacia traidora,
y con mis bienes ahora
su adelanto pago yo.
(Entregando al Conde una escritura)
Lea usted esa escritura;
en ella cesion le hago
de cuanto me queda: pago
el servicio con usura.

CONDE. Tu prisa es ineficaz...
No encuentro que haya motivo...

CARLOS. Bien; deme usted mi recibo.

CONDE. Me duelo... (Entregándole un recibo.)

CARLOS. Estamos en paz.
(Hace pedazos el recibo.)

CONDE. (Tiene intenciones cruentas,
pero el infeliz ignora
que estoy prevenido.)

CARLOS. Ahora
ajustemos otras cuentas:
usted de mi fé abusó
con un dolo sin segundo...

CONDE. Cárlos...

CARLOS. De mas en el mundo
estamos, usted... ó yo.

CONDE. Antes...

CARLOS. Nadie ha de mediar,
pues siempre entre ajenos labios
se acrecientan los agravios
que se quieren ocultar.

CONDE. Creo que es un disparate
lidiar sin causa precisa:
padece el nombre de Elisa...

CARLOS. ¡Oh! ¡basta!

CONDE. Acepto el combate,
supuesto no oye razones
quien me juzga temerario,
pero antes es necesario
que diga mis condiciones.

CARLOS. Son preciosos los instantes.

CONDE. Bien: dos veces te he prestado,
dos veces.
CARLOS. Y yo he pagado.
CONDE. La última partida, antes
para sacarte de apuros
compré unas alhajas.
CARLOS. ¡Ah!
CONDE. Aqui tu recibo está,
diez mil duros.
(Enseñando con precaucion un recibo á Cárlos.)
CARLOS. ¡Diez mil duros!
(Con terror y desesperacion.)
¿Cómo?...
CONDE. Eduardo en su arrebato
debió olvidarlos el pobre.
CARLOS. Y bien...
CONDE. Que hasta que no cobre
esta suma... no me bato.
(Con frialdad guardando el recibo.)
CARLOS. ¡No te bates! Es inmensa
tu maldad. Lo veo tarde.
CARLOS. ¡Cárlos!...
CARLOS. Eres un cobarde,
me lo prueba esa defensa.
¡Y te creí con valor!
Y tu pecho envilecido,
es el pecho de un bandido
que no conoce el honor!
Has dicho: arruinado ya
por mí, no podrá pagarme.
CONDE. Yo no...
CARLOS. Ni podrá matarme.
Escrito en tu rostro está.
CONDE. Basta, en valor no te cedo;
paga y palabra te doy
de batirme hoy mismo.
CARLOS. ¡Hoy!
(Con desesperacion creciente.)
Es decir cuando no puedo,
cuando cubierto de mengua
y de baldon no me es dado,
ni dejar mi honor vengado

ni á tí arrancarte la lengua!
Cuando encerrado por tí
en un círculo de acero,
en vano una muerte espero
que huye cobarde de mí.
¡Oh! vamos por compasion,
pues temo que tu cinismo,
me haga arrancarte aqui mismo
el innoble corazon.

CARLOS. Mis dias estan seguros,
porque si me matas... sé
(Con voz lenta, fria é irónica.)
que el mundo dirá que fué
por no pagar diez mil duros.

CARLOS. ¡Miserable!

CONDE. La opinion
te condenará.
(Alzando les hombros con lástima y desprecio.)

CARLOS. ¡Esto mas!
¿Hubo en el mundo jamás
tan odiosa humillacion?
Conque no puedo vengarme
sin pasar por un... ¡destino
horrible! ¿yo un asesino?
¿Pues qué me queda? matarme.
Mas si me dejo arrastrar
dos deudas quedan pendientes,
y tambien dirán las gentes
se mató por no pagar.
En vano afanoso lidio
con mis pesares gigantes.
¡Infortunados brillantes,
ni aun me dejais el suicidio!

CONDE. En fin... esperaré el dia
en que puedas...

CARLOS. ¿Esperar?
No á fé; corro á buscar
lo que tu codicia ansía.
Tengo amigos: pediré...
suplicaré si es preciso.

CONDE. Si sales del compromiso,
á tus ruegos cederé.

CARLOS. ¡Al fin compasion me tienes!
¿Mas dónde voy confiado,
Dios mio, si me han quitado
en un dia honor y bienes?
¿Quién me fiará?... Mas si;
¡me tendrán lástima! ¿Acaso
es vergonzoso este paso?
¿Á otros amigos no dí?...
Pero mendigar me aterra.
CONDE. Yo no exijo... mas perder...
CARLOS. ¡Tiembla; porque debe haber
justicia sobre la tierra!
(Sale precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XIII.

El CONDE, con risa sarcástica.

Corre, corre; tu impaciencia
ni me inquieta ni me abruma;
cuando encuentres esa suma,
Elisa estará en Valencia.
Mas tarde... daré al través
con tu temida venganza.
Corre, corre; el tiempo avanza,
y será tarde despues.
La Baronesa compite
conmigo en noble ardimiento...
Voy á decirla al momento
que la marcha precipite.
(Al entrar en las habitaciones de la Baronesa, Eduardo, que sale de ellas, le detiene.)

ESCENA XIV.

El CONDE, EDUARDO.

EDUAR. Un momento, señor Conde.
CONDE. ¿Usted por aqui? No puedo
hablar de asuntos ahora.
EDUAR. ¿Tiene usted prisa?... Lo siento:
pues ha llegado el instante

de descubrir nuestro juego.

CONDE. ¿Qué significa?...

EDUAR. He sabido,
por fortuna, su proyecto
de hacer salir de la córte
á la Baronesa...

CONDE. Creo
que á usted no le importa...

EDUAR. Mucho;
porque aunque tarde, comprendo
que he sido indigno juguete
de sus villanos manejos.

CONDE. ¡Eduardo!

EDUAR. Las apariencias
nos cubren con igual velo;
pero los dos abrigamos
diferentes sentimientos.
Si yo he servido á don Cárlos,
ha sido con el objeto
de unirme á Irene; usted mismo
ofreció apoyarme.

CONDE. Es cierto.

EDUAR. En cambio usted preparaba
con astucia, un rompimiento
entre Cárlos y su esposa.

CONDE. El cual ha tenido efecto,
no por mí, como usted dice,
sino por mútuo convenio
de los cónyuges.

EDUAR. Pues bien,
señor Conde, aun es tiempo
de evitar mayores males
y ruidosos desaciertos.

CONDE. ¡Cómo!

EDUAR. Impida usted que Elisa
salga de Madrid.

CONDE. No puedo
impedirlo ya, es tarde.

EDUAR. Un sacrificio, un esfuerzo,
se lo suplico, valor,
no desoiga usted mis ruegos.

CONDE. Niño, á mi edad no se cambia

fácilmente de proyectos.

EDUAR. Pues bien, entonces me opongo
en nombre de Irene.

CONDE. Siento
decirle que serán vanos
é infructuosos sus consejos.
(Forzoso es desorientarle.)
Cárlos y don Rigoberto,
podrian hacer que Elisa
cambiase tal vez de intento;
pero de los dos, el uno
está de esta casa lejos,
y el otro... Cárlos...

EDUAR. (Con ansiedad.) ¿Y bien?

CONDE. Y bien. Antes que ese horero
haya marcado las once,
tal vez... tal vez haya muerto.
(Eduardo permanece inmóvil y asustado. El Conde entra lentamente en las habitaciones de la Baronesa.)

ESCENA XV.

EDUARDO, despues ELISA.

EDUAR. ¡Le ha conducido al suicidio!
¡Miserable! Mas yo debo
correr en su busca. ¿Y dónde
podrá encontrarle mi celo?
Alguien le habrá visto... voy...
pero si de aqui me alejo,
huirán... ¿Qué hacer, Dios mio?
¡Ah! ¡qué idea! Aun conservo
la carta que me dió Cárlos
para Elisa.

ELISA. (Traje de camino.) No, no puedo
marcharme sin verle. Ahora
que me dejan un momento,
voy... (Se dirige al cuarto de Cárlos.)

EDUAR. Elisa, lea usted
esta carta y por el cielo,
no se mueva usted de aqui.

ELISA. ¿Qué pasa? mi esposo...
EDUAR. El tiempo vuela.
ELISA. Mas...
EDUAR. Todos la engañan.
ELISA. Eduardo, por Dios...
EDUAR. No puedo...
(Sale corriendo por el fondo.)

ESCENA XVI.

ELISA.

¿Adónde vá? ¿qué sucede?
Comprendo... tal vez un duelo...
Pero esta carta... esta carta...
¡Dios mio, al abrirla tiemblo!.,.
(Lee.) «Me uní á una mujer acostumbrada al »lujo y al boato: ciego de amor por ella, me »impuse el deber de satisfacer sus menores »caprichos. Pronto fueron ineficaces mis bie»nes, y el Conde pagó mis deudas, tomando »por hipoteca mi propia honra.»
(Declamando.)
¡El Conde! Y yo lo ignoraba.
«La palabra infamante del hombre por quien »esa mujer ha olvidado todos sus deberes, »ha bastado para cubrir mi existencia de lo»do y de miseria.»
¡Dios mio! ¡no puedo creerlo,
tanta infamia es imposible!
«Encargo á la mujer culpable, que huya de »una sociedad en donde todos se creerán con »derecho á despreciarla, en donde nadie se »atreverá á defenderla. Nada pido para mí, »ni lágrimas, ni arrepentimiento, porque an»tes de las once de este funesto dia... habré »dejado... de existir...»
¡Ah! ¡desgraciado! Comprendo
ahora. ¡Cárlos del alma,
no quiero que mueras! ¡Cielos!

y yo iba á partir!... Irene,
madre, coronel, volemos.

ESCENA XVII.

ELISA, el CONDE.

CARLOS. ¿Qué sucede?
ELISA. ¡Usted aqui!
CONDE. La Baronesa exigió
que la aconsejase, y yo
mi parecer emití.
Es forzoso que usté parta
al momento, ó de otro modo...
ELISA. ¡Partir!... ¡Cuando lo sé todo!
¡partir! lea usté esta carta.
CONDE. Calumnias tal vez...
ELISA. No tal.
CONDE. Elisa, vuelva usté en sí. (Con ternura.)
ELISA. No se aproxime usté á mí,
pues su vista me hace mal.
La verdad no le confunde,
¡no le aterra mi despecho!
¿la conciencia, allá en su pecho,
vago temor no difunde?
¿Mi padecer no le advierte
que todo lo he comprendido?
Cárlos muere y usté ha sido
quien le ha condenado á muerte.
CONDE. Le presté sin interés
cuanto me pidió... ¡y me vende!
ELISA. Le prestó usté, se comprende,
para infamarle despues.
CONDE. No; respeté sus apuros,
pruebas inmensas le he dado
de amistad. Le he perdonado
(Con indiferencia.)
hoy mismo, hoy, diez mil duros.
Las alhajas...
ELISA. (Retrocediendo con disgusto.)
¿Es exacto?
¡lo que oigo!

CONDE. Las compré...
ELISA. Usted, y yo las llevé
y no abrasó su contacto
mis manos, y permanecen
en mi poder! ¡qué tormento!
tómelas usté al momento,
al momento, me envilecen.
(Abre un secreter, saca las alhajas y las tira con desprecio sobre el velador.)
CONDE. Tanto rigor...
ELISA. Me deshonra
tal regalo, y necesito
que usted sepa, que no admito
préstamos sobre mi honra.
CSNDE. No creí que hasta tal punto
se incomodase conmigo...
Yo he sido siempre su amigo...
ELISA. ¡Mi amigo!
CONDE. Ve usté el asunto
bajo un mal prisma. Creí
que mi adoracion constante...
ELISA. ¡Basta! Comprendo bastante
lo que usté creyó de mí.
Mas si á su pecho imprudente
dió una esperanza mi cara,
hoy con orgullo declara
el ódio que mi alma siente.
CONDE. ¿Odio... odio nada mas?...
(Con rabia comprimida.)
ELISA. No mas.
CONDE. ¿Ni piedad siquiera?
ELISA. Dos corazones quisiera
tener, para odiarle mas.
CONDE. Increible es su locura,
y mas su rencor profundo;
pero el mundo, Elisa, el mundo
me vengará con usura.
ELISA. ¡Dios piadoso!
CONDE. Nadie para
la calumnia impertinente.
ELISA. No, no: yo soy inocente.
CONDE. Eso no se lee en la cara.

ELISA. Diré...
CONDE. Nadie lo creerá;
dueño de su honra soy,
y al marcharme de aqui hoy,
ella conmigo se vá.
ELISA. No, no: esto es imposible.
¡Dios me ayudará! (Fuera de sí.)
CONDE. No tiene
remedio.
ELISA. ¡Oh! (¡Nadie viene!
¡Mi posicion es horrible!)
CONDE. Usted fué prudente acaso,
mas yo seré inexorable.
Adios.
(El Conde dá un paso hácia la puerta. Elisa se pone resueltamente delante de él.)
ELISA. ¡Atrás, miserable!
CONDE. ¡Elisa!
ELISA. Ni un solo paso.
¿Qué hay en esto que le asombre?
Puesto que no hallo clemencia,
á costa de mi existencia
quiero recobrar mi nombre.
CONDE. ¡Oh! ¡tiemble usted, desgraciada,
si me niega la salida!
ELISA. Nada le importa la vida
á la mujer deshonrada.
CONDE. Ese valor...
(D. Rigoberto aparece en la puerta del fondo, oye unos segundos, luego toma una pistola de la caja, y se adelanta lentamente hasta que al decir el Conde «Y quién lo exigirá,» le pone una mano sobre el hombro y la pistola al pecho.)
ELISA. Es bendito,
pues me lo infunde el honor,
en tanto que su temor
es el eco del delito.
CONDE. Yo...
ELISA. Si; en su faz sombria,
donde antes brilló el denuedo,
estoy contemplando el miedo
que le infunde mi energia.

CONDE. ¡Oh, basta!
ELISA. El que difamó,
debe, con su propia mano,
escribir que es un villano.
CONDE. ¿Y quién lo exigirá? (Con risa convulsiva.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, D. RIGOBERTO.

RIG. Yo.
ELISA. ¡Ah, tio!
(Arrojándose á los brazos de D. Rigoberto.)
RIG. Al fin di con él
cuando pensaba en huir.
Si no quiere usted morir,
(Entregando un papel al Conde.)
firme usted este papel.
En él escrita se halla
por mí, una reparacion.
CONDE. Yo... (Aterrado.)
RIG. Y una declaracion
de que es usted un canalla.
CONDE. Yo nunca hubiera creido,
coronel, tal villania...
RIG. Firme usted; la cortesia
no se hizo para un bandido.
CONDE. Mas...
RIG. ¡Pronto! (Amartillando la pistola.)
ELISA. (Deteniéndole.) ¡Por Dios!
RIG. ¡Aparta!
¿Vá usted á firmarla?
CONDE. (Firmando.) Si.
RIG. Cuando el mundo hable de tí,
al mundo enseña esta carta.
Y si queda un miserable
que crea en falsos indicios,
esta hoja de servicios
probará quién fué culpable.
(Obliga al Conde á que tome las alhajas que Elisa tiró sobre el velador en la anterior escena. El Conde dá algunos pasos hácia la puerta del fondo. Don

Rigoberto le detiene y le hace salir por el jardin.)
Huya usted, y en adelante
no piense mas en volver
con alhajas. La mujer
con su honra tiene bastante.
No por ahí, no, señor,
pues por mi vida, está mal
que una puerta principal
abra paso á un malhechor.
Quien á robar honra y vida
entró por aqui á deshora,
debe descubierto ahora
huir por esta salida.

CONDE. ¡Me vengaré!

RIG. Tarde es ya.
¡Huye, corazon de barro,
y cuenta que este navarro
cosido á tu lengua vá!

ESCENA XIX.

ELISA, D. RIGOBERTO.

ELISA. ¡Ah! gracias. Ahora vamos
á buscar á Cárlos.

RIG. Bien.

ELISA. Corramos, pues su existencia
ha terminado tal vez.
(Al llegar á la puerta del fondo, el reloj de sobremesa dá las once. Elisa y D. Rigoberto retroceden aterrados. Elisa próxima á desmayarse se apoya en D. Rigoberto. Este con los ojos fijos en la puerta, trata de ocultar su emocion, que es tan grande como la de Elisa.)
¡Ah! ¡las once! ¡hora fatal!
¡No viene, no viene!...

RIG. Ten
valor.

ELISA. Ha muerto.

RIG. Valor.
Si vá á venir... yo lo sé,
ya se oyen pasos... ya suben...

ELISA. ¡Dios mio! que sea él.

ESCENA XX.

DICHOS, CÁRLOS, EDUARDO.

ELISA. Cárlos, Cárlos...
EDUAR. Le he salvado.
CARLOS. ¿Dónde está ese hombre, dónde?
RIG. No pienses mas en el Conde,
se ha marchado.
CARLOS. ¡Se ha marchado!
ELISA. Cárlos... tu deuda pagué.
CARLOS. ¡Tú! no aceptaré jamás...
ELISA. Detente.
RIG. Vengado estás:
la máscara le arranqué.
CARLOS. ¡Dios mio! ¿qué veo?... aqui
su mano torpe escribió,
que infame te calumnió!
Comprendo que huya de mí,
mas no ha de encontrar abrigo
contra mi rencor profundo.
ELISA. No, el desprecio del mundo
le dará mejor castigo.
CARLOS. ¡Ah! Elisa, perdon.
ELISA. Yo fuí
quien por falta de prudencia,
armé la maledicencia
y la traicion contra mí.
Creyó el mundo sin razon,
que pues la moda seguia,
loco como ella seria
mi constante corazon.
Nuestros males me atribuyo,
pero á pesar del presagio,
he salvado del naufragio
un amor que es todo tuyo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, la BARONESA, IRENE. Dos criados con equipajes por el fondo.

BAR. Llevad eso á la estacion.
Vamos. Elisa, corriendo...
¡Cárlos!
IRENE. ¡Cárlos!
BAR. ¿Qué estoy viendo?
RIG. Una reconciliacion.
BAR. ¿Y usté fué?...
RIG. Si.
BAR. ¡Qué navarro!
EDUAR. ¿Mas por qué afligirse ahora?.,.
RIG. Alégrese, usté, señora,
si su alma no es de guijarro,
y aunque su amor propio pene,
sepa que se quieren mucho
y que se marchan.
BAR. ¡Qué escucho!
RIG. Y que el futuro de Irene
con sus instintos propicios
es un señor sin vergüenza;
para que usté se convenza
vea su hoja de servicios.
(Entregando á Irene y á la Baronesa la declaracion del Conde.)
BAR. ¡Cómo! ¡es posible!
IRENE. Yo muero.
EDUAR. No se aflija usted asi,
pues aun le queda en mí
un amigo verdadero.
BAR. Elisa... (Abrazándola con efusion.)
ELISA. Hubiera querido
vivir contigo tambien,
mas yo no puedo estar bien
donde está mal mi marido.
Perdonadme con razon
si de vosotras me alejo,
porque al separarme... os dejo

la mitad del corazon.

CARLOS. Me conmueve su pesar.
(Enjugándose una lágrima.)

RIG. Pues no estoy llorando ahora... (Id.)

CARLOS. Si se arruina usted, señora, (Á la Baronesa.)
asilo hallará en mi hogar.

BAR. ¡Ah! Cárlos!

CARLOS. Entre los dos
el rencor duró un segundo,
pues los rencores del mundo
son crímenes ante Dios.

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 5 *de Diciembre de* 1861.

El censor de teatros.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Tarragona.	M. Sol.
Tarrasa.	F. Ubach.
Teruel.	J. Soriano.
Toledo.	J. Hernandez.
Tolosa.	F. Artola.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Torrevieja.	A. Vela.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	C. Treviño.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valdepeñas.	A. Garcia Fernandez.
Valladolid.	G. Hernainz.
Valls.	R. Voltas y Moragas.
Velez Blanco.	A. Fernandez Rubio.
Velez Málaga.	E. Casamayor.
Velez Rubio.	A. Fernandez Rubio.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villafrca. del Panadés	M. Reguart.
Villafranca de los Barros.	J. Guerrero y Romero.
Villanueva y Celtrú.	L. Creus.
Villaro.	T. Astuy.
Villena.	J. Muñoz Ferris.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Vivero.	F. Salgueiro.
Zafra.	A. Oquet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la calle de la Salud, número 15, cuarto 2.°, derecha.

CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁT

ZARZUELAS (1).

DE UN ACTO.

Compromisos del no ver, M.
Donde las dan las toman, L. y M.
El estreno de una artista, L.
El Niño, M.
El Vizconde, M.
Estafeta de amor, L. y M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. M.
La peluca de mi tio, L. y M.
Los dos ciegos, M.
Mentir á tiempo, L.
Peluquero y Marqués. L. y M.
Por conquista, M.
Un Caballero particular, M.
Una tempestad en América, L. y M.
Sinfonia concertante sobre motivos de zarzuelas para orquesta y banda, M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
El Bachiller. M.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, M.
El tio Ganiyitas. L.
Entre mi mujer y el negro, M.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer. M.
Ardides y cuchilladas, L.
D. Crispin y la Comadre, L. y M.
D. Procópio, L. y M.
D. Quijote de la Mancha, M.
El Castillo Maldito, M.
El diablo en el poder, M.
El hijo del Regimiento, L.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
El tio Pinini. L.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L.
Fra-Diávolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Genaro el Gondolero, L. y
Jugar con fuego, L. y M.
La Cantinera de los Alpes, I
La Cisterna encantada, L.
La Espada de Bernardo, M.
La loca de Edimburgo, L. y
La Maga, L. y M.
La Perla, L. y M.
La Sirena, L.
Los Diamantes de la Coron
Los Expósitos, L. y M.
Los Mosqueteros de la Reina
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.
Un tesoro escondido, L. y

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Al que no está hecho á bragas...
Amores volcánicos.
Bodas ocultas.
Cada oveja con su pareja. (*Primera parte.*)
Cada oveja con su pareja. (*Seg. parte.*)
El Colmado del Puerto.
El Diamante negro.
El suicida.
Flujo y reflujo.
La esperanza de dos mundos, loa.
Pepita.
Plaza sitiada....
Sobrinos que dá el demonio.
Soleá la Trianera.
Suegra, marido y rival.
Una comedia mas.
Un hablador sempiterno.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escapel
Andujar.
Cada oveja con su pareja.
Deudas pagadas.
El Angel custodio.
El artista vale mas.
El ausente en el lugar.
El Médico de la aldea.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
Hija y madre.
Historia de una carta.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.
¡La buena alhajal
La loca del Guadalquivir.
La locura de amor.
La Rica hembra.
La rosa y el pensamiento.
Las Biografias.
Las colegialas son colegiales.
Lo que se vé y lo que no se v
Los Hijos del pueblo.
Padre y Rey.
¿Para el corazon no hay ley?
¡Por ella!
Préstamos sobre la honra.
¿Quién es él?
Torbellino.
Una pecadora.
Virginia.

(1) De las obras que van marcadas con la inicial *M*, pertenece solo la música á esta Administracion, y las q van L y M, corresponden á la misma el libreto y la música.